

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1956 - Núms. 78-79



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

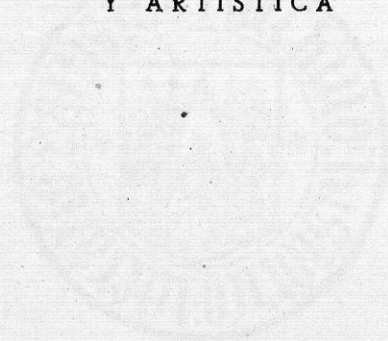
818

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



EJEMPLAR NÚM. **218**

ARCHIVO HISPANICO

REVISTA

HISTORICA Y LINGÜISTICA

Y LINGÜISTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1956



Tomo XXV
Núms. 78-79

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1956

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Núms. 78-79

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Angel CAMACHO BAÑOS.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUE-SADA.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Celestino López Martínez.—*Población, territorio y edificios de la provincia de Sevilla. Estudio conmemorativo del I Centenario de la Estadística oficial española*..... 9
- A. Hermosilla Medina.—*El médico en la Literatura española*. (Cuatro ilustraciones fuera de texto)..... 33
- Miguel Lasarte Cordero.—*Alcaides y Comendadores del Castillo de Estepa*..... 101

MISCELANEA

- J. A. Vázquez.—*En torno a un libro de Manuel Halcón*..... 121
- A. H.—*Para la historia de los cosos taurinos*..... 129
- * * *.—*La enseñanza en los Centros provinciales*..... 133

LIBROS: Varios..... 137

CRÍTICA DE ARTE: *La música en el III Festival Internacional de Sevilla*, por Norberto Almandoz..... 145

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia. Julio y agosto, 1948*..... 153

ARTICULOS ORIGINALES

ARTICULOS ORIGINALES

EL MÉDICO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

PRÓLOGO

RICA es en verdad nuestra Literatura Española y rica es toda ella en abundancia de citas, pasajes y personajes médicos. La Medicina y el médico abunda entre sus páginas. Y el médico, ese personaje de quien la opinión pública lleva y trae siempre en sus pensamientos, no falta su concepto en sus gloriosas páginas. Los grandes literatos españoles llevan y traen también el concepto de la Medicina y el médico, tan rica y extensamente, que por sí sola, la literatura, serviría para escribir una gran historia de la Medicina y los médicos.

Con verdadera pasión nos hemos puesto a escribir este tema sugestivo en verdad. Pertenece, pues, casi a un capítulo de la historia médica española y resucitarán en nuestras modestas cuartillas, personajes de otros tiempos escudados siempre en un anonimato de personaje literario. Ya dijo Ortega y Gasset que "escribir historia es un entusiasta ensayo de resurrección".

A la benignidad de mis jueces dejo el saber lo que supone encauzar, en breve tiempo, la riqueza de datos con que nos hemos encontrado, y a ese mismo don y a su sabiduría, el inmenso caudal, arrollador a veces, extensísimo siempre, que supone el conjunto de una de las Literaturas más ricas del mundo.

Interesante es, como veremos, el concepto, a través de las distintas épocas, del arte de Esculapio, y raro es el autor que no opinó sobre los galenos.

Agustín Gómez de Amezúa (1) dice "que hasta fines del siglo XVIII, ninguna profesión liberal, fué objeto de tantos y tan porfiados vituperios,

y en este triste privilegio, solamente ganaron a los médicos los sastres y alfayates, oficios que atraían también la indignación satírica con no menos saña y violencia". Con esta opinión, ya sabemos lo que será el concepto de esta profesión hasta mediados del siglo XIX. Después de esta fecha, al variar en sí la Medicina, varía, salvo excepciones siempre, el concepto del médico, a través de las mentes de los literatos.

Pero siempre, siempre, en toda época y en todo momento se ha visto en danza la opinión del médico y hoy ha podido decir el doctor Blanco Soler, que "la literatura ha vivido, y vive hoy más que en otras épocas, del rico manantial que la Medicina le brilla. Novelas, ensayos, poesías y obras teatrales se mueven en el ambiente médico. Posiblemente —continúa diciendo— acabaría gran parte de la risa del mundo, si se olvidara la Medicina. El "Quijote", alumbró caminos a seguir a físicos y cirujanos" (2).

Nuestra revisión será cronológica en lo más posible, abundante en citas por el carácter del trabajo, adornada al margen de problemas y costumbres de los médicos y unas notas históricas, breves esbozos y salpicaduras, que darán el ambiente adecuado al médico, dentro de su época. Trayectoria nuestra de nuestros propósitos, que a su vez enfoca también la sociedad dentro de la cual el médico realiza sus quehaceres. Esta se refleja en la literatura y a su vez la literatura se influye por la época.

Pío Baroja (3), "aquel médico que ejerció en Cestona", dice que "hay mucha gente que supone que la vida no tiene gran cosa que ver con la literatura. La literatura ha sido un espejo de la vida ahora y antes, y probablemente lo seguirá siendo".

Esbozos de opinión en los primeros siglos de la literatura, opinión variable en esos primeros balbuceos y un copioso arsenal en los siglos XVI, XVII y XVIII que se sedimenta en épocas posteriores.

A lo largo de los siglos descansaremos del recorrido y nos servirá de reposo y de examen a todo lo que hemos dejado atrás. Examen, que a veces será de conciencia, de aquellos grandes varones, escritores y escritos, que hoy osamos de nuevo a molestarlos. Dios los juzgó, nosotros nunca, pero siempre tengan nuestra veneración.

I.—Balbuceos de nuestra literatura y balbuceos del concepto médico en ella.

El Poema del Mío Cid se puede considerar, cronológicamente, como el primer monumento nacional y literario. Si se fecha a mediados del siglo XII, y a la Medicina y a los médicos se les concede un carácter empírico que remonta a la prehistoria, quiere esto decir que cuando dicho monumento se levanta, se eleva en el ya formado campo de la Medicina, valga la palabra.

Y cuando el hombre piensa, y escribe lo que piensa, al expresarlo—literatura—, tiene que entroncarse con el concepto médico que crece desde siglos anteriores.

Pobres son en verdad las citas médicas en estos primeros siglos y pobre el concepto del médico en estos mismos siglos, XII, XIII y XIV, tan pobre que en esa rica literatura del XIII, la literatura de los debates del alma y el cuerpo, de las armas y las letras, en una lista de los intelectuales de la época no aparece el médico.

Las citas, como veremos, en esta literatura son citas de gran valor histórico, pero negativas en concepto subjetivo.

El médico se enfunda en ese amplio concepto medieval del «físico». Tiene de médico, de nigromante, de agorero, se ribetea de superstición y curanderismo. Tenían boticas, pero «a veces sólo se dedicaban al ejercicio profesional y entonces se les llamaba «mengues» (4).

Los hechiceros y brujos inundan la profesión. Berceo, en los «Milagros de Nuestra Señora», relata el pacto diabólico que hace Teófilo por medio de un hechicero judío.

La terapéutica es modestísima, a veces inofensiva y otras veces tiene categoría mortífera.

En la Historia VII de la obra citada de Berceo, aparece un monje que

*"usaba lectuarios, apriesa e cutiano
en invierno calientes e fríos en verano."*

Al lado de un fracaso político, económico, amoroso, pero sí como personaje muy estudioso, aparece hoy para nosotros, y en este momento gigantesca, la figura de Alfonso X el Sabio. Aparece el médico en las páginas de sus «Partidas» y con razón se ha dicho que las cuatro cosas definitivas del siglo XIII y comienzos del XIV, son: la arquitectura gótica, la «Summa» de Santa Tomás, la «Divina Comedia» y las «Partidas» del Rey Sabio.

En el libro de «Las Partidas» aparece un manantial abundante sobre el médico. Repetimos que toda esta literatura sobre el médico es fría,

narrativa y con un valor, inmenso si se quiere, sólo histórico, pero pobre en conceptos personales.

«El ejercicio profesional estaba reglamentado y, desde el siglo X, impedíase la función médica a todo aquél que no estuviera debidamente autorizado para desempeñarla.» (5).

En 1350 se decretó que nadie podía ejercer la profesión de médico sin tener el título de maestro. Esto nos hace suponer las infiltraciones de falsos «físicos» que encontrarían fácil el camino de la Medicina. El médico prodigaba sangrías y purgas —ya veremos más adelante— y a él, sólo a él, le estaba encomendado la confección de la «tríaca magna» «para casos de extrema gravedad.» (6).

Rodrigo Caro, en su libro «Antigüedades y Principado de la Ilustrísima Ciudad de Sevilla y Chrografía de su convento», dice que desde tiempos de los moros hubo también en esta ciudad insignes estudios, en los cuales se leía Filosofía, Medicina y Matemáticas y a ellos concurrían de todas las partes del mundo.

El médico aparece en la obra de Alfonso X, «Las Partidas», dando consejos dietéticos a los reyes, a los clérigos y a los caballeros (7), quizá a su vez aconsejado el monarca por Jehuda Mosca, su médico.

En el «Liber Legum», después llamado «Fuero Juzgado», aparecen los médicos y sus primeras noticias legislativas, de cobranza, de pagos por la enseñanza. Aparecen los gremios, los hospitales gremiales y fué el propio rey Alfonso X quien fundó en Sevilla (8) en el siglo XIII, el Hospital de San Lázaro para el tratamiento de la lepra y reclusión de los contagiados, pues «ningún tocado de esta enfermedad puede ser recogido ni amparado en casa alguna...»

En «Las Cantigas», en sus «Libros de Astronomía», en su «Lapidario» hay citas de carácter histórico de la Medicina que por bordear el tema, no precisamos. En una «cantiga», en la que un clérigo consigue enamorar con su conjuros a una doncella, le llaman a un «físico», «ome sabedor y «deuinador» (adivino), por estar todas estas ciencias y artes codeándose mutuamente a lo largo de su recorrido triunfal por la literatura de esta época.

En el libro cumbre del Infante D. Juan Manuel, el «Libro de enxemplos del Conde Lucanor» y «Libro de Patronio» (1335) (9), nombra a los médicos, a los «físicos» y nos tienta sacar a relucir el concepto de su terapéutica y dice, que cuando estos

«...quieren facer alguna medicina que aproveche al figado, por razón que naturalmente el figado se paga de las cosas dulces, mezclan con aquella medicina que quieren medecinar el figado, azúcar o miel o alguna cosa dulce et por el pagamiento que el figado ha de la cosa dulce, en tirándole para sí, lleva ella la medecina quel ha de aprovechar...»

En su época se funda en España la Escuela Médica de Guadalupe, que coincide con la aparición de la Virgen en dicho lugar.

Pero López de Ayala, en el «Rimado de Palacio» pasa revista a todos los cargos y categorías sociales. Pasan ante él, los clérigos, los «físicos», los letrados, los gremiales, exponiendo sus ideas sobre la guerra, la justicia y la administración del reino.

El médico vivía con los reyes y príncipes. En el «Rimado» dice que el príncipe está rodeado de privados, caballeros, «físicos» y capellanes que no lo dejan sólo ni aún en la mesa:

*"El príncipe, por cierto, debe ser enojado
que de tantos ojos así es atormentado;
que no puede a la boca llevar un sólo bocado
que de trescientos omnes no le sea contado."*

Teniendo a nuestra disposición toda la literatura, demos un salto y recordemos que Sancho, en la obra cumbre, cuando gobierna la insula tiene a su lado, en la mesa, al médico D. Pedro Recio de Agüero de Tirteafuera, Doctor por Osuna, que al prohibirle a Sancho selectos manjares, exclama: (10).

*"...y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando
de noche y de día..."*

II.—Encauce del médico en la literatura española.

En el siglo XV la literatura se encauza y en ella el médico. En el siglo XV se funda la Cofradía o Hermandad de San Cosme, San Damián y San Lucas por los médicos, boticarios y cirujanos (11). Don Francisco López de Villalobos, médico, escribe su «Sumario de la Medicina y tratado de las pestíferas bubas, en romance trovado». Alonso Chirino, su «Consejo a los causados de cualquier trabaxo» y Juan de Aviñón, otro célebre médico, en 1418, escribe «Sevillana Medicina», dando viejos remedios contra la peste bubónica con mezcla de «olio» y yerbas, vino blanco y triaca (12), libro recopilado y publicado en 1545 por Nicolás Monardes.

Con estas ligeras pinceladas al borde del tema central, vemos que con la base de los conocimientos del remoto siglo XV, se van a ir estableciendo puntales de algún valor médico.

Juan de Mena en su «Laberinto» mezcla la magia y la ciencia. Señala en su obra las mixturas aprendidas de la maga Ericthos.

Sátiras ténues se adivinan. Estas comienzan con la relajación de las costumbres en la época de Enrique IV.

Se ha compuesto ya el «Cancionero de Baena», donde hay citas para Hipócrates, Galeno y Avicena.

El arte curativo se cifra en el empirismo casi del curandero. El efecto de los animales vivos o muertos, de sus vísceras, juegan un papel importante en las curaciones. Se hacían diagnósticos rudimentarios, «El médico derivaba a la inspiración, al ocultismo, al instinto, a la meditación. Se aureolaba de taumaturgia y su figura se hacía ascética, infundiéndosele aire sacerdotal, y con esta divisa. desempeñaba su actuación.» (13).

Curiosa es en verdad la terapéutica de este tiempo. Fernando de Rojas (14) en «La Celestina», en el acto XX, pone en boca de «Pleberio», padre de Melibea, al ir a la cámara de éste a interesarse por su mal, las siguientes palabras:

"...que ni faltaran medicinas ni médicos, ni sirvientes para buscar tu salud, consista en hierbas o en piedras o en palabras o esté escrita en cuerpos de animales."

El cirujano está aún desligado del médico. El médico posee la ciencia. Es profesión noble, no puede tocar la sangre; la sangría la hace el cirujano, profesión plebeya, baja, procedente de los barberos. Es sólo el antiguo «chirurgos», hábil de manos. El cirujano aspiraba en vano a la categoría médica. Una mujer en el entremés titulado «El juez de los divorcios», pide el divorcio al juez por el solo hecho de: «Señor, mi marido que dijo que era médico y ha resultado cirujano». Ante cuya razón el juez le concede el divorcio.

En «La Celestina», en el acto XVIII, exclama Centurio:

"Si mi espada dijese lo que hace, tiempo le faltaría para hablar. ¿Quién si no puebla los cementerios de esta tierra? ¿Quién hace rico los cirujanos?"

Pobres cirujanos escasos de medios, sin instrumentos, sin ayuda terapéutica y con las manos casi maniatadas en esas heridas, sangrantes de duelos, pependencias y batallas de guerra... Con razón les llamaba Fernando de Rojas «animosos», que fríos, inalterables, sin anestésicos, tenían que cumplir su misión. Celestina habla así en el acto X:

"Pero diga lo que dijere, sabe que no hay nada más contrario en las grandes curas delante de los animosos cirujanos, que los flacos corazones, los cuales con su gran lástima, con sus dolorosas hablas, con sus sentibles meneos, ponen temor al enfermo, hacen que desconfíe de la salud y al médico enojan y turban y la turbación altera la mano y rige sin orden la aguja."

Gran importancia le da el autor de esta obra citada, a la experiencia en el ejercicio profesional. Veremos, más adelante, la gran consideración que tienen todos los autores a la experiencia.

"...y que es más cierto médico el experimentado que el letrado."

Años más tarde, Fray Antonio de Guevara (1480-1545) escribe «Epístolas familiares» (15) e insiste en este punto.

"De loar es la Medicina cuando ella está en manos de un médico docto, grave, prudente, atinado y con experiencia, porque de tal médico, con la ciencia conocerá la enfermedad con la cordura busca la medicina, y con la mucha experiencia sabrá aplicarla."

De ejemplares raros se pueden ir clasificando estas citas a favor, digamos, de los médicos y de su medicina. Queremos dejar aclaradas estas opiniones, pues páginas vendrán con intención contraria.

El «magnífico caballero» Pero de Mexía (1499-1551) escribe sus «Diálogos». En el diálogo de los médicos (17) habla incluso de ser necesaria o no la medicina, pues es momento de titubeo en su espíritu (anterior en filósofos griegos y romanos) y se pregunta si son los médicos necesarios o bien es mejor dejarlo todo a la «vix medicatrix naturae», en verdad, única medida terapéutica verdadera de su época, a la cual se aferraban, podemos decir hoy, los mejores médicos de antaño esperando todo de ella.

Pero de Mexía, dice que la Medicina y los médicos son necesarios y escribe sobre su enseñanza:

"por ello, es necesaria y maestros conocidos, de modo que aprendiendo las letras que competen y son precisas, y cursando, y haciéndose primero experimentados, curen y usen la santa medicina."

Ante el total y completo paisaje de la literatura española, no sin intención, hemos fijado aquí estos jalones y conceptos. Nadie, hasta ahora, ha dicho nada en contra del médico. Pero, a esta altura las aguas empiezan a removerse y a grandes oleadas, minutos más tarde, va a irrumpir la sátira, la ironía, la burla, a veces sólo buen humor, en el campo de nuestra literatura.

Sátira que empieza ya a vislumbrarse, y que sentimos su olor y su sabor.

Si el chiste, si la doble intención, si el buen humor sano, sólo por ganas de hacer reír, aparece, admitámoslo sin más reservas. Pero si es

una fina pero baja ironía, una burla a veces ensañadora, admitámosla también, pero un gesto de compañerismo atávico —tele o retrocompañerismo— nos obliga a decir algo en pro de aquellos hombres que van desprendiéndose de su antiguo cartel de «físico» y van adentrándose en las capas nobles de la sociedad, con un prestigio —sin adjetivo por ahora— de «médicos».

Desde comienzos del siglo XVI, hasta finales del XVIII, o mejor, hasta mediados del XIX, será un tropel de escritores que sin cesar vituperan la profesión médica. Yo quisiera poner la mano en alto y frenar un poco su ímpetu. Si entre los médicos existe, existió y, aún más, existirá alguno, que aferrado de mala manera a su humana condición tuercen y vician el recto proceder para que han sido encomendados, «anathema sit» por la literatura y por las vecindonas. No nos interesan.

Pero a los que actuaron de buena fe, a los estudiosos, a los que sólo tenían en sus manos la purga, la sangría y el enema, nuestro reconocimiento.

Antes de entrar en el vasto campo acotemos, una vez más, algunas ideas de la época y, como es larga y extensa, rompamos el inmenso dique de la época, reunámoslo, e iremos viendo varias facetas del médico en la literatura asaz curiosas y asaz interesantes.

Empezaremos en el XVI, en todo el siglo de oro, ese siglo de quien dijo Rodríguez Marín que no cabía en la estrechez de cien años, y pasaremos al XVIII, siglo de bajeza intelectual, defendido sólo por un número escaso de preclaros varones.

Hemos roto adrede el tope de los años y del conjunto entresacamos facetas particulares del médico en sus vestidos, sus costumbres, sus tratamientos y diagnósticos, sus honorarios y el concepto médico a través de la literatura de esta época.

III.—El vestido del médico en la literatura española de tres siglos.

Para presentar a nuestro personaje vistámoslo. Y la literatura se ha preocupado también del ropaje del médico, que creemos interesante. El vestido —es de todos sabido— tiene siempre, y en toda época, gran importancia. Don Gregorio Marañón, en «Vida e historia» (17) y en el precioso ensayo de «Psicología del vestido y del adorno», nos deja sobre esto bonitas sugerencias.

El Greco pinta un cuadro que titula «Retrato de un médico», donde aparece éste con ropa negra, mirada reposada y barba blanca.

Cecilio Barberán, en un artículo titulado «Nuevos retratos de médicos y farmacéuticos» (18), dice que el traje del médico de nuestro siglo XVII «nos viene a decir la importancia que tuvo el mismo, igual a la

del uniforme del soldado, el hábito del religioso y la toga del magistrado».

El médico se cubría con ropa larga negra, gola, guantes, sortija y era casi unánime el dejarse la barba.

En estos siglos, al concluir sus estudios, los futuros nuevos licenciados hacían su juramento. En esta ceremonia, el graduando pronunciaba un discurso y juraba cumplir los preceptos de la Facultad. Después de esto se le imponía el birrete de doctor y se le colocaba el anillo de caballero y un cinturón de oro, presentándosele abierto un libro de Hipócrates. En este momento se le hacían regalos que casi siempre consistía en un par de guantes.

Quizá los doctores de Valencia cubrirían su cuerpo con faldas muy largas; de ahí el refrán recogido por el maestro Correas en su «Vocabulario» (19):

"Médicos de Valencia, largas faldas y poca ciencia".

Quevedo, ese hombre gigantesco de la sátira, que encontraremos a cada paso en estos siglos y a quien más adelante, en su constancia de ir contra ciertas clases sociales, le preguntaremos su por qué, habla con tono irónico del vestido del médico, tono que ya no abandonará jamás de todo lo que se refiera a médico o a medicina.

En su «Libro de todas las cosas y otras muchas más», da unos consejos para ser famoso médico y anotamos lo siguiente (20):

"Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga, y en verano sombrerazo de tafetán; y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro curas y eres doctor".

Y en «Los Sueños», libro que también saldrá a la cita muchas veces, dice (21):

"...a la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla y ferruelo y guantes y recetar dando jarabes".

y más adelante,

"...sortijón en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toma el pulso pronostica al enfermo la losa..."

Y Quiñones de Benavente (22) presenta también una cuarteta sobre esto:

*"Un doctor, aunque tenga
las letras de ayer acá,*

*con dos guantes y una barba
empieza luego a ganar".*

Salas Barbadillo (23), otro autor del XVII, insiste:

*"De gualdrapa en invierno y en verano,
Traje de viudas, luto triste,
Declara que la muerte va en su mano".*

Por su traje negro, Vélez de Guevara, en «El Diablo Cojuelo», llamó a los médicos «tumbas enlutadas». Y en «Vida de Estebanillo González», obra al parecer anónima (24), cuando éste narra su vida, cuenta que se fingió médico y nos dice (25):

*"Iba yo vestido de doctor, con una ropa de levantar y un bonete
de caer, unos guantes arrollados y un gran sortijón de piedra de
jaqueca y chinelas terciopeladas".*

Enrique Gómez, en «El siglo pitagórico y vida de don Gregorio Guadaña» (26), viste al médico al estilo de los demás escritores, y a todas estas componendas les da un carácter de anzuelo, como veremos en los siguientes versos:

*"Compró media docena
de libros de Avicena,
un quintal de Galeno,
unos guantes de perro, que son buenos,
una sortija, cuatro pañizuelos
y con estos anzuelos
desde su mula roma, caballero
iba pescando vidas y dinero".*

Francisco Asensio, en su «Floresta» (27), nos presenta unos versos curiosos dedicados «a un mal médico que siendo antes pobre, andaba después vestido de gran gala:

*"Ya no hay desnudeces bajas,
ya limpio y galán retumbas,
negro paño dan las tumbas,
ropa blanca las mortajas;
hilos de vidas, que rajás,
texen la tela a tu suerte,
bordase tu gala fuerte
con los puntos del morir
y córtate de vestir
la tijera de la muerte".*

Hemos vestido a nuestro personaje central. Está pasivo. Sabemos y nos imaginamos su presencia. Con estas citas podemos hacernos idea del vestir del médico en estos siglos. Cortemos el tema del vestido, que después lo volveremos a coger casi a nuestros días.

Las calles están sucias, son casi verdaderos estercoleros, al decir de los autores de la época. El fango y la basura las inundan, no hay luz por las noches, los caminos son penosos. Tan bien vestido como hemos dejado a nuestro personaje, pongámosle un medio de transporte para trasladarse.

¿Cuál ha de ser? Una mula. Es costumbre que casi ha llegado a nuestros días en algunos medios rurales apartados.

IV.—El médico y su mula en la literatura española de tres siglos.

En los ejemplos del capítulo anterior hemos visto ya cómo los autores de la época que estamos considerando, han aludido al médico y a su mula.

Vamos ahora a pasar revista a unos cuantos autores satíricos y festivos, comediantes y poetas, que plenamente abordan y presentan el tema de «la mula».

Tirso de Molina, en la comedia «Por el sótano y el torno» (28), nos habla de la mula:

*"Va montado en un machuelo,
que en vez de caminar vuela;
sin parar saca una muela;
más alma tiene en el cielo
que un Herodes o un Nerón;
conócenle en cada casa;
por dondequiera que pasa
le llaman la Extrema-Unción".*

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en «Corrección de vicios» (29), también alude a la mula, prefiriendo, él sabrá sus motivos, a los médicos de a pie que a los de a mula.

*"Yo más quiero los médicos peones;
al contrario que el vulgo que se engaña
en seguir los de mula, unos barbones
cuyo rostro es un bosque y selva extraña.
Viene la muerte dando trompicones
en médicos de a pie con su guadaña;
y lo que allí se esconde y disimula*

*camina más de prisa en los de mula.
 ¡Oh vulgo tantas veces engañado
 que no buscas verdad sin apariencias!,
 pues que juzgas por médico letrado
 al que camina en mula aunque sin ciencia.
 El que es por Salamanca graduado,
 aunque tenga más cursos de experiencia
 su vida pasará sin quien lo ampare
 mientras su mula no se graduare".*

Allá los eruditos y sabios en esta materia, esclarezcan respecto al plagio y los datos de fechas de estas dos siguientes composiciones, semejantes en cuanto contenido, que aparecen en la comedia de Tirso «El amor médico», y en la comedia «También la afrenta es veneno», hecha en colaboración por Luis Vélez de Guevara, Antonio Coello y Ochoa y Francisco de Rojas, presentadas por el doctor Giménez Heras (30). La de Tirso es la siguiente:

*"Tuvo un pobre una apostema
 (dicen que oculta en un lado)
 y estaba desesperado
 de ver la ignorante flema
 con que el doctor le decía:
 "En no yéndoos a la mano
 en beber, moríos, hermano
 porque eso es hidropesía".
 Ordenóle una receta
 y cuando le fué a dar
 la pluma para firmar,
 la mula que era algo inquieta,
 asentóle la herradura
 (emplasto dijera yo)
 en el lado y reventó
 la postema ya madura.
 Conque, dejando el dolor,
 dijo, mirándola abierta:
 "En postemas más acierta
 la mula que su doctor".*

Y la otra versión citada es la siguiente:

*"Apeóse un médico a hablar
 a otro médico estafermo
 a la puerta de un enfermo*

(que él venía a visitar)
de una apostema o flemón
que en la garganta tenía;
y sobre cómo vivían,
trabaron conversación.
Y para hablar sin trabajo
la mula al portal envía;
es a saber que vivía
el enfermo en cuarto bajo.
La mula, con desenfado,
en gualdrapa y ornamento
se fué entrando al aposento
en donde estaba acostado.
El enfermo, que sintió
herraduras, con dolor
dijo: "Este es el doctor";
sacó el pulso y no miró.
La mula, que miró el brazo,
sin saber sus accidentes,
tomó el pulso con los dientes
con grande desembarazo.
El volvió el rostro con tema
y salió a echarle en camisa;
pero dióle tanta risa,
que reventó la apostema.
El médico que lo vió,
para que el mozo la mula: "¡Arre!"
y él dijo al médico: "¡Jó!"
Señor doctor, yo he quedado
aborto del caso y mudo,
la apostema que él no pudo
su mula me ha reventado.
Y si esto, otra vez me pasa,
aunque el caso me atribula,
envíeme aquí su mula
y quede usarced en casa".

Quiñones de Benavente, entremesista del siglo XVII, en un entremés titulado «El Doctor», dice (31):

"Yo no sé más que mi mula
mas si veo un orinal,
diré lo que tiene dentro
a veinte pasos y más.

*Si muere llegó su hora;
si vive me hago inmortal,
¡bien haya la ciencia amén,
donde no se puede errar!"*

Iglesias de la Casa (siglo XVIII) (32), insiste más tarde:

*"Por matar ligero
el médico Navas,
yendo caballero
su mula mataba;
y a cuantos pulsaba
mató valeroso;
érase que se era
y es cuento precioso".*

También son suyos estos versos:

*"Un médico en una calle
el santo suelo besó;
es decir, que se cayó
de su mula alta de talle;
empezábale a zumbiar
la gente que andaba allí,
y él dijo: "¡Así como así,
yo me iba luego a apeaar!"*

Paso a paso, vamos conociendo, merced a la literatura de esta época, al médico. Con su vestido y su mula hace sus visitas. ¿Cuánto cobra? No podía pasar desapercibido en época de sátira —aún llega a nuestros días— y de ironía, los honorarios del médico.

Volveremos más tarde —hemos confesado nuestros propósitos— a tratar del medio de traslado del médico.

Rompamos, con el tema de los honorarios médicos de esta época, la monotonía que supondría plantear el tema, autor por autor o siglo por siglo.

V.—El médico y sus honorarios en la literatura española de tres siglos.

Siempre, siempre, se ha luchado con los honorarios del médico, como si éste no tuviera una familia que mantener, una dignidad que conservar y unos gastos anteriores de estudio y continuos de libros y revistas.

De la «Enciclopedia Francesa de Oftalmología», en el capítulo de

Deontología, dice que «cuando el comerciante se retira enriquecido y tras-pasa el negocio para que lo rijan personas más jóvenes y con nuevas ambiciones, entonces el médico empieza a ganar dinero».

Felipe III, en 1617, dice que un médico debe ganar por año tres-cientos ducados.

En 1679 se funda en Sevilla la «Regia Sociedad de Medicina», hoy Academia, y socorría (33) con sus limosnas a familias de médicos que, por haber muerto ellos, quedaban en la miseria.

En el siglo XVI, costaba el título de médico, según la pragmática de 1588, cuatro escudos de oro (34).

Era costumbre entonces del médico, en el momento de cobrar, volver la mano atrás, y de esta manera, de espaldas al enfermo, cobraba. Les parecía cosa indigna cobrar dinero por querer el paciente recuperar la salud perdida.

El padre Isla hace un comentario en este sentido, en sus «Sermones Morales». Dice: (35)

"pero si tengo que decir lo que siento, pocas veces llega el caso de que los médicos visiten mucho porque les pagan bien; pues muy pocas veces llega el caso de que se pague bien a los médicos. En sanando el doliente, a título de que los médicos no lo han de pedir ni han de executar, ya no se acuerdan lo que les deben. Apenas hay hurto más ruin que este, porque apenas le hay más ingrato. Pagas muy puntualmente al albañil que te arregló las goteras por donde se arruinaba tu casa, y no pagas al médico que te atajó los accidentes que ibán desmoronando tu vida."

Eterna canción la del padre Isla. Si seguimos revisando estos autores, veremos que Mateo Alemán, hijo de Hernando Alemán, cirujano de la Cárcel Real de Sevilla, y que comenzó los estudios de Medicina en las Universidades de Alcalá y Salamanca, tiene numerosísimas alusiones al tema médico. Respecto a los honorarios en el «Guzmán de Alfarache», habla de las tres caras del médico: (36)

"Como habrás oído decir, tiene tres caras el médico: de hombre, cuando le vemos y no le habemos de menester; de angel, cuando del tenemos necesidad, y de diablo, cuando se acaban a un tiempo la enfermedad y la bolsa y él por su interés persevera en visitar".

Por eso existe un refrán de esta época, recopilado por Rodríguez Marín, que dice: «Cuando el enfermo dice ¡ay!, diga el médico ¡hay!».

Quevedo, en el libro citado ya, «Libro de todas las cosas y otras muchas más», dice: (37)

"¿Para que te duren poco las enfermedades? Llama a tu médico cuando estés bien y dale dinero porque no estés malo; que si tú le das dinero cuando estás malo, ¿cómo quieres que dé una salud que le vale nada y te quite un tabardillo que le da de comer?"

Y de Quevedo también: (38)

*"Que el doctor en Medicina
más gentil y más bizarro
tiene condición de carro
que si no le "untáis" rechina".*

En «Los Sueños». (39), en «El mundo por de dentro», nos habla de la hipocresía, la calle mayor del mundo, «calle que empieza con el mundo y acabará con él, y no hay nadie que no tenga allí, si no una casa, un cuarto o un aposento en ella».

Por allí anda un médico hipócrita, que aparenta curar y conquistar vidas, cuando en realidad anda:

"...a la brida, en basilisco, con peto y espaldar y con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando vidas, estirando las enfermedades para que den de sí y se alarguen y allí parecía que rehusaba la paga de las visitas".

Y recordando el hecho de las manos atrás en el momento de cobrar, dice el mismo autor, el señor de la Torre de Juan Abad, en boca de Perogrullo ante el trono de la muerte (40).

"hay quien corre echando los codos adelante que son los médicos, cuando vuelven las manos atrás a recibir el dinero corriendo y corren como una mona al que se lo da porque le maten".

Vicente Espinel, en su «Escudero Marcos de Obregón» (41), coloca a Marcos como «escudero y ayo» de un médico, el doctor Sagredo, que nos ocuparemos de él más adelante, y cuando éste hace una visita a Carabanchel, Marcos cuenta que su amo:

"recibió mucho contento por el provecho".

pues las visitas a más largas distancias se pagaban más. Y más adelante en la misma obra citada, continúa hablando de las ganancias del médico y dice que (42)

"...hay algunos tan ignorantes en la buena pericia y trato, que sin estar una persona enferma, por encarecer su trabajo y subir su ganancia, dicen al enfermo que está peligroso, para que lo esté de veras".

El médico segoviano, Jerónimo de Alcalá Yáñez, escribe «Alonso, mozo de muchos amos» o «El donado hablador». Alonso, quien era «donado» en su convento habla de todos sus amos. Un médico que fué uno de ellos dice, él lo sabría bien, que (43)

"Mientras hay enfermedad, se le promete al médico cuanto oro y plata encierra la tierra, pero en llegando uno a estar bueno, olvida el bien que recibió y al que fué causa de su salud".

En las «Aventuras de Gil Blas de Santillana», obra de Alain René Lesage, atribuída con indiscutible fundamento a muchos autores españoles y entre ellos a don Antonio de Solís y Rivadeneyra, dice el doctor Sangredo, a quien volveremos también más adelante a citar ampliamente, que (44)

"ocho reales por dos visitas son poca cosa".

que nos da una idea de la cantidad que suponía el cobro de las visitas en esta época que estamos considerando.

Baltasar Gracian (45) nos dice:

"este trae guerra declarada contra la vida y la muerte, enemigo de entrambas, porque querría a los hombres ni mal muertos ni bien vivos, sino malos, que es un malísimo miedo. Para poder comer, hace de modo que los otros no coman".

Estas dos composiciones de Enrique Gómez (46), complementarias, nos hablan también de alargar los médicos las enfermedades para que suban así los honorarios.

*"Si se es pobre y no hay moneda,
Se está como se queda,
O le despachas presto,
O no vuelves tan puesto
A hacerle otra visita;
Comodidad que el cuerpo solicita,
Y siendo el pobre en todo desgraciado
Solo contigo es bien aventurado".*

Y la segunda parte:

*"Si ves que hay buena paga,
 Tu conciencia se estraga;
 Tiras la enfermedad, ella se alarga,
 Dasle de purgas una buena carga;
 Ríndese la salud, confesión pide;
 Y tu ciencia que mide
 El yerro cometido, cuando quiere
 Remediar el remedio, al punto muere".*

Don Diego de Torres y Villarroel, compuso estos versos de arte menor: (47)

*"Por malo te visitan
 muchos doctores.
 ¡Qué caro ha de costarte,
 ay, pobre, pobre!
 Yo no te entiendo
 infeliz, pues aburres
 vida y dinero."*

Y el mismo autor dice:

*"...crea en Dios
 que es lo seguro, y cierto;
 que lo demás es engaño
 tontos y saca dineros."*

Cortamos también, a secas, el tema de los honorarios. No acaba aquí, rebasa la ironía y la sátira estos siglos, pero más adelante lo citaremos desde otro aspecto, pues cambiará en siglos posteriores el modo de presentar el tema.

Hemos dado un toque más completando al médico en estos tres siglos.

Y poco a poco, nos vamos adentrando, siempre sin abandonar nuestra literatura, en un campo más médico.

VI.—El médico, sus términos y diagnósticos en la literatura española de tres siglos.

«Señor, dadnos lo que mandáis, y mandad lo que queráis», dice San Agustín.

Vamos a tratar ahora de los términos empleados por los médicos, los síntomas que encontraban y los diagnósticos que podían hacer. Pero como siempre salpicados —ya creo que tenemos el ánimo hecho— de la ironía y sátira reinantes en esta época.

Los términos que usan los médicos son en realidad para las personas no médicas, raros y extravagantes. Hoy, incluso delante de personas cultas, se puede celebrar consulta con otro colega en términos médicos, sin temor a que se enteren y aclaren el significado de las palabras usadas.

En un artículo titulado «Vocabulario popular castellano-leonés relacionado con la Medicina», leemos: (48)

"El lenguaje científico y sobre todo el lenguaje médico, tomó en Castilla su tecnicismo directamente del griego y el latín; pero el pueblo habló de cosas atañaderas a la medicina, unas veces según decían los médicos, y otras creando por sí mismo vocablos de expresión popular que significan, en muchas ocasiones, mejor los conceptos que el propio lenguaje de los físicos."

Y respecto a los diagnósticos, existen, según las épocas, una serie de enfermedades clásicas que van desapareciendo por el resultado de los progresos científicos, por causas ambientales, o van surgiendo otras nuevas o descubriéndose, contando además, en toda época con las enfermedades de moda.

El padre Isla, en sus «Sermones Panegíricos» (49) dice:

"Parece que también hay enfermedades de moda o que se ha introducido la moda hasta en las mismas enfermedades. Ahora se usa morir de cólico y un siglo ha no se conocía el nombre de este accidente. Hasta el décimoquinto no se conocían en el mundo las viruelas, después acá no se conoce otra cosa."

Don José Cadalso, en «Los eruditos a la violeta», dice que era muy elegante para sus «eruditos», presentar enfermedades... (50).

"...y si alguno os pregunta el estado de vuestra importante salud, quejáos de todos los males a que está expuesta la frágil máquina del cuerpo humano; y aunque tengáis más fuerza que un Hércules, y más colores que un Baco, ensartad lo de tísico, ético, asmático, paralítico y escorbútico, etc., etc., de modo que se queden en ayunas de la respuesta como no la escriban y lleven al Proto-Medicato."

Más adelante, al pasar el siglo XVIII, volveremos a insistir sobre este punto. Por lo visto ha habido épocas, y aún existen casos —tenemos en la literatura autores que no se conciben sin una enfermedad triste y melancólica— que era elegante enfermar.

En la picaresca, tenemos una cita de Mateo Alemán, que el protagonista de su novela «Guzmán de Afarache», le enseñaron a presentar y

simular enfermedades no, es claro, por motivos sociales, sino por motivos del pícaro que sacaba partido de ellas. (51)

"Demás deste enseñóme a fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo y otros primores..."

De los términos y diagnósticos son curiosos los pasajes que Vicente Espinel relata en «El escudero Marcos de Obregón». Marcos se ríe de los términos médicos y le aconseja al doctor que le ponga (52)

"un poco de bálsamo o ungüento blanco o zumo de hojas de rábano y riase de todo lo demás."

Más adelante, Marcos insiste sobre esta «retórica medicinal» que él llama y cuenta el caso del Conde de Lemos, D. Pedro de Castro, que un médico para curarle una «hemorroides», se vistió «con una ropa muy raída entre azul y negra y sortija que parecía remate de asador», diagnosticándole que tenía «mal del orificio». El conde no entiende esto y le dice: (53)

"Doctor, ¿que quiere decir orificio, platero de oro o qué?

—Señor —dijo el doctor— orificio es aquella parte por donde se inundan, exoneran y expelen las inmundicias interiores que restan de la decocción del mantenimiento.

... ..

Andad —dice el conde— que no sóis buen médico, que lo echáis todo en retórica vana."

Y en el mismo Descanso IV de la obra citada, Marcos, sigue hablando de los médicos en este sentido:

"Yo creo que es alivio para los enfermos que el médico hable en lenguaje que le entiendan, para no poner cuidado que le entiendan. Tienen, fuera de esto obligación de ser dulces y afables, de semblante alegre, y de palabras amorosas; es bien que le digan algunos donaires y cuentecillos breves con que los alegren; sean corteses, limpios y olorosos; acaricien tanto al enfermo, que parezca que aquella visita, sólo es la que le da cuidado, miren si tienen bien hecha la cama, con aseo y limpieza, y haga lo que el doctor Luis de Valle, que a todos juntamente con hacerles sacramentar, los alienta con darles buenas esperanzas de salud."

... ..

"los grandes médicos que yo he conocido y conozco, en llegando al enfermo procuran con gran cuidado saber el origen, causa y estado de la enfermedad, y el humor predominante del paciente, para no curar al colérico como al flemático, y al sanguíneo como al melancólico y aun si es posible —aunque no hay ciencia de particulares— saber la calidad oculta del enfermo, y de esta manera se acierta la cura, y se acreditan los médicos."

Maravillosas palabras, dignas de un juramento hipocrático, cargadas de razón y de sentido común.

López de Ubeda, quien no sabemos si existió realmente y fué Licenciado en Medicina o si dicho nombre oculta el de un fraile dominico, en «La pícara Justina», dice que los médicos (54)

"...buscan términos exquisitos para significar cosas que, por ser tan claras, tienen vergüenza de nombrarlas en canto llano, y así les es necesario hablarlas con términos desusados, que parece la junciana o jacarandilla."

Y Mateo Alemán, autor citado ya en este sentido en el siguiente párrafo, complementa (55):

"Un médico, luego que visita, sólo de tomar el pulso, conoce la enfermedad ignota y remota de su entendimiento, luego aplica remedios para el sepulcro.

¿No fuera bien, si es verdad su regla, que "la vida breve", "el arte largo", "la experiencia engañosa", "el juicio difícil, irse poco a poco hasta enterarse y ser dueños de lo que quieren curar, estudiando lo que deban hacer para ello?"

Salas Barbadillo (56), respecto a los diagnósticos, dice:

*"...la ciencia que se fía
De acechar la salud por orinales
Y que por un latir de un pulso leve
Los pasos mide de la vida breve".*

La inspección de la orina y su sabor, únicos medios que tenían los médicos para interpretar ésta, estuvo muy ridiculizado.

Góngora tiene una letrilla, que es (57):

*"Cierta Doctor medio almud
llamar solía, y no mal,
al vidrio del orinal,
espejo de la salud;*

*porque el vicio o la virtud
del humor que predomina,
nos lo demuestra la orina
con clemencia o con rigor".*

Y el «ingente» Quevedo, «azote de los médicos», cómo no iba a opinar sobre los diagnósticos y términos, no sin gracia, en «La visita de los chistes» (58).

"...mal se dice para notar diferencia aquel asqueroso refrán: "mucho va del c... al pulso", que antes no va nada, y sólo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal a preguntar a los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió a la cámara y la orina... y como si el orinal les hablase al oído, se le llegan a la oreja avahándose los barbones con su niebla. ¿Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacín, y su dicho a la hedentina?"

Dice Quevedo que usan los médicos términos como «Buphthalmus, opopanan, leontopétalos», etc., etc.

"Y son tales los nombres de sus recetas y tales sus medicinas, que las más veces, de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen a los enfermos, se huyen las enfermedades".

El, ya se había reído en «La culta latiniparla», obra de crítica de los términos y «latines», igual que Castillo Solórzano en el entremés «La prueba de los doctores», en que «Ribete», «Matanga» y «Rebenque», tres galenos, hacen una consulta con términos pedantes y raros (59).

Tengamos siempre presente las palabras de Fray Luis de León, que en «La perfecta casada» nos dice, y no caeremos a veces, en funestos errores (60):

"Que como dice el sabio: "Si calla el necio, a las veces será tenido por sabio y cuerdo". Y podrá ser y será así, que, callando y oyendo, y pensando primero consigo lo que hubiesen de hablar, acierten a hablar lo que merezca ser oído. Así que, de este mal, ésta es la medicina más cierta, aunque no es bastante medicina ni fácil".

Y Agustín Moreto, en «El lindo D. Diego», insiste en boca de «Mosquito», criado de D. Tello, «gracioso» de la comedia, al dirigirse a Beatriz de esta manera, piensa contrariamente a lo antes expuesto (61):

*"Mira, Beatriz, si quieres acertallo,
cuanto hablares, sea oscuro o sea confuso;
hable crítico ahora, aunque no es uso;
porque si tú el lenguaje le revesas,
pensará que es estilo de condesas;
que los tontos que traen imaginado
un gran sujeto, en viéndole ajustado
a hablar claro, aunque sea con conceto,
al instante le pierden el respeto;
y en viendo que habla voces desusadas,
cosas ocultas, trazas intrincadas,
para dar a entender que lo comprenden
le dicen que es gran cosa, y no la entienden".*

Cervantes, en «El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha», usa términos en conceptos de diagnósticos asaz curiosos (62):

*"..y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical
donde consiste la vida".*

En las notas de la edición comentada por don Francisco Rodríguez Marín, dice (63):

*"Los médicos de antaño, daban este nombre a un cierto humor
sutil y balsámico que pretendían era el que daba vigor y elasticidad a las fibras que forman la textura del cuerpo".*

Pedro Espinosa, en «Espejo de cristal», señala el mismo cervantista, tiene esta cita:

*"Ya con un dolor inmenso se va descarnando y desarraigando
mi ánima de cada miembro, y, toda alborotada, se retira y recoge en acabándose el húmedo radical al corazón, donde se hace fuerte, rehusando y temiendo la salida..."*

Al morir don Quijote, el médico diagnostica su último momento próximo en estas palabras (64):

"Llamarón sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro".

En ese siglo de obscuridad y decadencia que es el siglo XVIII, aparece la gran figura del inteligentísimo P. Feijóo.

El P. Feijóo «tomó sobre sí la empresa ciclópea de arrancar de la mente de los españoles la infinita cantidad de supersticiones, errores y fantasías que la ahogaban» (65).

Y Fray Benito Jerónimo Feijóo, en el «Teatro Crítico Universal», enfocó espléndidamente al médico y a su medicina dentro de los errores de su época. ¡Cuántos y cuántos, sin ser médicos, opinan sobre la enfermedad y la medicina! El P. Feijóo comenta sobre esto (66):

"Cosa lastimosa es que siendo el arte médico tan abstruso, tan arduo, tan difícil, que para conseguirle, el más prolijo estudio es insuficiente, el mayor ingenio es corto, todos se metan a dar en él su voto".

Y para fundamentar un diagnóstico continúa diciendo (67):

"Un médico indocto, un mal cirujano que hacen la consulta, no notan más que algunas generalidades: el pulso, la orina, si come, si duerme, si duele la cabeza, etc. Con una relación tan diminuta, no puede hacerse debido concepto de la enfermedad. Vese esto claramente, en las visitas de los médicos sabios y atentos a su obligación; a los cuales, después que el enfermo, los asistentes, el cirujano, y aun el médico cotidiano, si le hay, dieron su informe, les restan muchas cosas que notar y muchas preguntas que hacer".

Sabias son, en verdad, las palabras del fraile de Casdemiro, uno de los talentos más preclaro y más erudito que ha tenido España.

Y también en este siglo XVIII, al final, Leandro Fernández de Moratín escribe su comedia «El médico a palos», inspirada en «Le medecin malgré lui», de Molière.

Tiene valor su opinión como cita literaria, pero no valor médico, pues «Bartolo», el personaje que «sirvió seis años a un médico latino», y que emplea en sus consultas aforismos, términos pedantescos y «latinajes», es una suplantación de un médico verdadero, y todas sus opiniones son falsas a conciencia. Todo su aire médico procede de la superchería de obligarle a hablar «como médico», mediante un buen garrote, según declara su mujer, Martina.

Ginés, en la escena II, dice: (69)

"—¿No hay allí un médico famoso, que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?"

Y «Leandro», otro personaje, más adelante:

"Así va el mundo. Muchos adquieren opinión de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demás".

Oigamos las palabras de un médico de la época, Andrés Piquer, que en su libro «Ilustración al Libro de los Pronósticos, de Hipócrates», dice cosas que tristemente son ciertas: (69)

"el médico no puede curar todas las dolencias; (pues) si pudieran hacerlo, esto fuera mucho mejor que pronosticar acertadamente. He reparado en el trato de las gentes, que casi todas, aun las personas de alta condición, atribuyen al médico el que muera el enfermo; en parte, esto nace de la ignorancia del mundo, que cree vanamente que la Medicina se ha plantado para curar todos los males; y en parte de los mismos médicos, que no alcanzan o no quieren distinguir los males que admiten curación, de los que no la tienen; y si llegan a alcanzarlo, no lo dicen en tiempo para evitar después la calumnia".

Y además de todo esto, a veces...

*"Para qué vas y vienes
doctor confuso,
si el mal que a mí me aqueja
no sale al pulso".*

(Popular).

VII.—El médico y su terapéutica, en la literatura española de tres siglos.

Hemos llegado casi a la médula del presente trabajo, pero bordeando un poco el tema —lo consideramos imprescindible para comprender algunas citas de la literatura española de estos tres siglos— daremos breves noticias históricas de la terapéutica que tenían los médicos a sus manos, comentada por los literatos.

Si de esta escasa terapéutica no obtenían los resultados deseados por los médicos, no es culpa de ellos. Si del abuso de esta terapéutica se les culpaba, reflejada —también— ha quedado en la literatura.

Si actuaron siempre de buena fe, eran estudiosos y preocupados de su profesión y de la salud de sus enfermos, no tenemos por qué reprocharles. El humor —repetimos lo mismo que al principio— siempre lo admitimos. Han variado en nuestro tiempo, a la altura de nuestros días, los términos, pero no los conceptos vulnerables al humor. Para esto, sólo

hay que ser médico y estar hoy en una amigable conversación de contertulios.

Centraremos el problema, como hemos venido haciendo, en estos tres siglos donde la forma literaria agotó casi sus savias dedicadas a la profesión médica. Quede todo a nuestras anchas espaldas y sigamos escribiendo.

La ciencia médica al principio del siglo XVI, se cifraba en conjuros, palabras cabalísticas, profecías y pócimas. Su terapéutica era más bien la del curandero y el «prestigio de éste —dice Unamuno en un ensayo, «Sobre el rango y el mérito»—, se funda en su misma ignorancia».

Se es fiel al empirismo, los médicos son más prácticos que científicos (fracturas, luxaciones, cirugía).

«Perdido en un indigesto tratado de Teología —dice Ramón y Cajal— (Christianismi restitutio), escribió Servet cómo al desdén tres líneas tocantes a la circulación pulmonar, las cuales constituyen hoy su principal timbre de gloria» (70).

En Fisiología, en el XVI, aparece Pérez Burgos y de la Reina. En Clínica, Lucena, Díaz de Isla, Luis Toledo, Montala de Monserrat, Cristóbal de la Vega, De Mena, Porcel y Mercado, Torella como sifiliógrafo. En Cirugía, Díaz, Calvo, Hidalgo de Agüero —encomiéndome a Dios y a Agüero, decían en los quelos—, Chacón. Varones como Huarte, Velázquez; terapéutas como Laredo, Bautista, Monardes (71).

Felipe II manda médicos a las Indias para estudiar sus plantas medicinales; no envía a curanderos, sino sólo a médicos, «a ninguno que no sea doctor, maestro o bachiller, sin ser examinado y graduado en Universidad probada, debiendo exhibir sus títulos para que conste de la verdad». (Recopilación de leyes de los Reynos de las Indias) (72).

La quina o polvos de la Condesa, se traen de allí en el primer tercio del siglo XVI.

El siglo XVII es siglo de superstición, la quiromancia y brujería se habían enseñoreado en las Cortes y en las Academias europeas, no tanto en España, y al decir de Bacon, «el que no creía en brujerías era considerado ateo» (73).

El siglo XVIII es un siglo de charlatanería. Sobresalen, como dice Maraón, Casal y Piquer, a quienes ya conocemos.

El cirujano, a estas alturas, va alcanzando categoría de «burgués honorable» y se va situando al nivel social del médico.

Las enfermedades más corrientes eran graves epidemias de tifus, de peste y de tabardillo. A los niños, el garrotillo, y a los adultos, tercianas y cuartanas.

La plétora médica existía desde el XVI. Cervantes, en el «Coloquio de los perros», tiene el siguiente diálogo: (74)

"Berganza: ...lo que oí decir los días pasados a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían Medicina.

Cipión: *Pues ¿qué vienes a inferir deso?*

Berganza: *Infiero o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar —que sería harta plaga y mala ventura— o ellos se han de morir de hambre."*

La Escuela de Medicina de Guadalupe está en todo su apogeo. Sus médicos y cirujanos tienen fama, siendo un dicho vulgar en su elogio: «Ni que hubieras andado toda tu vida a la práctica de Anatomía en Guadalupe».

La sangría, la purga, el agua, los animales vivos y muertos, eran la base de la terapéutica a seguir.

El doctor Laín Entralgo en «La vida de Guillermo Harvey» dice que (75) «hay un teatro en toda la literatura universal, donde las palabras «corazón» y «sangre» se repiten con más frecuencia».

Con razón se ha dicho que «las formaciones intelectuales que favorecen la aptitud creadora» de la literatura con raíz humana, como personajes en acción, son aquellas tres en que más o menos la Humanidad se confiesa: el Sacerdocio, la Abogacía y la Medicina».

La sangría y las purgas, que como decíamos, estaban en boga, se consideraban ligado su efecto a los días de la semana y había, de este modo, unos días más convenientes que otros para sangrar o purgar.

Cristóbal Pérez de Herrera cita el caso en uno de sus libros, que existían simuladores que llegaban al caso de un padre que cegaba a su hijo para sacarle así partido. Este médico se preocupó grandemente de la salubridad e higiene del Madrid de antaño.

Juan Frago, compone un tratado con métodos de cirugía y medicina, fórmulas de belleza, depilatorios, etc.

Miguel Sabuco, en 1587, tiene un matiz de medicina prepsicosomática en sus palabras:

"¿Qué haces, médico, entregado todo al vientre? Limpia el cerebro; confórtalo, alégralo; crea en él la esperanza del bien con palabras oportunas, quítales los graves cuidados, el tedio, el miedo, las tristezas y toda discordia del alma."

En esta época, años más tarde, en que Tirso, para que veamos el contraste, en su comedia «La prudencia en la mujer», para aniquilar al niño real D. Fernando no vacila dirigirse al protomédico de la casa real —Ismael, un judío— para que le dé a aquél un veneno: (77)

*"...su protomédico soy;
la muerte llevo escondida
en este término breve (vaso de plata)
en que si te satisfago
diré que el rey en un trago
su reino y muerte se bebe."*

En esta misma época, se usa también el «bezoárdico cordial» que cedía en eficacia a las piedras de puerco espín, piedras cordiales y bezares, a los jacintos, theríacas, etc., y en general a todos los medicamentos del mundo, como prueban la gran cantidad de enfermos curados (78). Las piedras bezares servían para quitar las cámaras de sangre, «encamar las llagas malignas»; mezcladas con yema de huevo, hacían que los huesos quebrados se juntaran; también tenían virtud para las calenturas y reuma. «La piedra de sangre», jaspe de varios colores, se usaba para los «Fluxos hemorroidales» por hacer restañar la sangre.

Se usaban también dientes de jabalí, uñas, sangre de ánares, priapo de ciervo, menstruó de mujer, estiércol de cigüña, etc. etc.

La víbora o «vípera», era un famoso «simple» y se recetaba en «trociscos» para los humores dañosos, purificación de la sangre y aumento de fuerzas. Los «trociscos de víbora» eran una de las sesenta y seis substancias que entraban en la composición de la célebre triaca magna.

La lagartija importada de Guatemala y Méjico, le sacaban sus tripas, secaban su cuerpo y le cortaban a trocitos del tamaño de una píldora y se tomaba en ayunas.

El doctor Juan Curvo curaba unas anginas o garrotillo «atando al cuello un escarpin, o la palmilla de una media, que esté muy sudada y fedorenta...» (79). Suárez de Ribera publicó los «Secretos médicos del doctor Juan Curvo».

Vicente Pérez, «el médico de agua», médico procedente de Pozoblanco de los Pedroches, todo lo curaba con este elemento. Tuvo un famoso pleito, por este secreto, con un fraile. Al menos no perjudicaba su terapéutica y el porcentaje de enfermos neuróticos, y de males que curaban por la «vix medicatrix naturae» eran curados por su procedimiento. De ahí su gran fama.

Feijóo, con su clarividencia, llama a toda la plurifarmacia «infame práctica» y decía que «en el amplísimo almacén de los remedios médicos apenas pasan de tres o cuatro, los remedios que se pueden llamar ciertos, quedando todos los demás en la línea de los probables o dudosos». (80).

Por eso el padre Feijóo «tuvo que arremangarse los hábitos y salir a la plaza pública en defensa del sentido común contra las demasiadas teorías de los doctores». (81)

La Real Sociedad de Medicina de Sevilla y la Academia Matritense, «anulan aquel protomedicato que aconsejaba a Carlos III no barrer las

calles de Madrid y no retirar las materias fecales arrojadas desde los balcones, ni los animales muertos que en ellas se abandonaban, porque convenía enrarecer la atmósfera para evitar el pelibrio de los fríos vientos del Guadarrama». (82)

Hemos, pues, bordeando el tema, montado un tinglado, a veces contradictorio, pero necesario para comprender las citas posteriores procedentes de la literatura. Es este el panorama donde se van a desenvolver los personajes literarios, y desde donde va a actuar el médico. Sólo lo hemos escrito para dejar asentado, aunque sean cuatro puntos sueltos, el «yo soy yo y mis circunstancias» orteguiano.

Pasemos, pues, y continuemos con la literatura española de los tres siglos a considerar.

La crítica de la sangría fué hecha, definitivamente, en las «Aventuras de Gil Blas de Santillana», a quien hemos ya aludido tanto a la obra como a su autor.

Gil Blas entra al servicio del doctor Sangredo. El doctor Sangredo es un médico notable de Valladolid. Le descubre a Gil Blas los secretos de la profesión y le dice:

"Sábetete, amigo, que para curar toda clase de males no es menester más que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto de la Medicina para curar todas las enfermedades del mundo. No tengo más que enseñarte."

... ..
Más yo no sé como era esto —dice Gil Blas— que todos se nos morían, o porque eran incurables o porque nosotros los curábamos mal.

—Señor —le decía al doctor Sangredo— yo protesto al cielo y a la tierra que sigo exactamente el método de Vmd. y con todo eso, mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos se quieren morir, no más que por tener el gusto de desacreditar nuestra medicina."

Vicente Espinel en «El escudero Marcos de Obregón, habla también de la sangría. Ahora es el doctor Sagredo que, como sabemos, es su ayo y escudero Marcos, quien sangra a su mujer, doña Mergelina de Aybar, por unos azotes en la cara que él cree que son erosiones a causa de una caída, porque: (85)

"...aquella contusión del lapso, que habiéndose reunido las partes hipocodríaca y renes, podría sobrevenir un "profluvium" sanguinis" irreparable, y del livor del rostro quedar una cicatriz perpetua".

Y más adelante dice:

"...hoy los neoteóricos vamos por otro camino, que para lo que es curar tenemos el método purgar y sangrar, con algunos remedios empíricos con que nos valemos."

Estando en Salamanca se pone malo Marcos y llama al doctor Medina, catedrático de Prima, doctísimo y de aquella Universidad, y lo primero que hizo fué mandar que le quitasen el agua. El, que era «colérico y muy encendido de sangre» pensaba, que sólo se curaría con agua fría y sangrías moderadas. Le mandó Medina unos baños pero él se bebió el agua, devolviéndola, pero sanando, aconsejándole al doctor este nuevo tratamiento (84)

"Hay médicos, tan crueles —dice Marcos— que a un pobre enfermo colérico fogoso, lo dejan que se le abraze el hígado y se le sequen los huesos; pareciéndole que negándole el agua acabarán más presto con la enfermedad y con el enfermo. Aquel refrán que dice: "al que es de vida, el agua le es medicina", se ha de entender de esta manera, que aquél "debida" es participio; manera, que al que de es "debida" el agua y al que se le debe el agua, a éste le es medicina y no al otro."

Otra de las terapéuticas o modos de curar, eran los «ensalmos». Marcos de Obregón es un médico de «ensalmos». En la misma obra citada dice: (85).

"...más yo, por la excelente gracia que tengo de curar por ensalmos, puedo usar de ellos, como uso del oficio, con tanta aprobación y opinión del pueblo, que me ha valido tanto el buen puesto en que estoy junto con traer unas cuentas muy gruesas, unos guantes de nutria, unos anteojos que parecen más de caballo que de hombre, y otras cosas que autorizan mi persona, que estoy tan acreditado, que todas las gentes de esta Corte y de los pueblos circunvecinos acuden a mí con criaturas enfermas del mal de ojo, con doncellas opiladas o con heridas de cabeza y de otras partes del cuerpo, y con otras mil enfermedades, con deseo de cobrar salud: pero curo con tal dulzura, con suavidad y ventura que de cuantos vienen a mis manos, no se mueren más que la mitad, que es en lo que estriba mi buena opinión; porque estos no hablan palabra y los que sanan dicen mil alabanzas de mí, aunque quedan perdigados para la recaída que todos vuelan sin remedio."

Aunque después en la Relación Segunda y Descanso X dice:

"¿Quién me hizo cirujano o médico de melancólicos? ¿Qué sé yo de recetas y de ensalmos?"

Para Quiñones de Benavente, la terapéutica es bien fácil. En el «Entremés Famoso, El Doctor y el Enfermo», «Mosmojón» responde al doctor Garatusa: (86)

*"No hay sino daca el pulso, toma el pulso,
y al fin viene a parar vuestro discurso
en sangrar y purgar y echar ventosas."*

Aún es más fácil la terapéutica para Guzmán de Alfarache; fácil y muy graciosa a la vez como veremos: (87)

"No sabia letra —se refiere a un médico falso— ni había nunca estudiado. Traía consigo gran cantidad de recetas, a un lado los jarabes y a otro de purgas. Y cuando visitaba a algún enfermo, conforme al beneficio que le había de hacer, metía la mano y sacaba una, diciendo primero entre sí: "¡Dios te la depare buena!" Y así le daba la que primero encontraba."

Para Quevedo, toda la ciencia se cifra en dos refranes y algunos trucos más, ingeniosos y llenos de humor: (68)

"La ciencia es esta: dos refranes para entrar en casa; el ¿qué tenemos? ordinario; venga el pulso, inclinar el oído; ¿ha tenido frío? Y si él dice que sí primero, decir luego: Se echa de ver. ¿Duró mucho? Y aguardar que diga cuanto. Y luego decir: Bien, se conoce; cene poquito, escarolitas, una ayuda. Y si dice que no la puede recibir, decir: Pues haga por recibirla. Recetar la-medores, jarabes y purgas, para que tenga que vender el boticario y padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas y hecho esto una vez, si durare la enfermedad, tornarle a hacer, hasta que acabe la enfermedad o el enfermo. Si vive y te pagan, di que llegó tu hora. Si muere, di que llegó la suya.

Pide orines, haz grandes meneos, mírales a lo claro y tuerce la boca; y sobre todo advierte que traigas grande barba, porque no se usan médicos lampiños; y no ganarás un cuarto, si no parecieres limpiadera. Y a Dios y a ventura aunque uno tenga sabañones, mándales luego confesar, y haz devoción la ignorancia. Y para acreditarte de que visitas casa de señores, apéate a sus puertas, entra en los zaguanes, orinas y tórnate a poner a ca-

ballo; que el que te viere entrar y salir no sabe si entrastes a orinar o no. Por las calles ve siempre corriendo y a deshora, porque te juzgan por médico que te llaman para enfermedades de peligro. De noche haz a tus amigos, que vengan de rato en rato a llamar a tu puerta en altas voces, para que lo oiga la vecindad: "al señor doctor, que lo llama el duque; que está mi señora la condesa muriéndose; que le ha dado al señor obispo un accidente" y con esto visitarás más casas que una demanda, y tendrás horca y cuchillo sobre lo mejor del mundo."

También de Quevedo, no recordamos de donde, es esta alusión a una extracción dentaria:

*"Pues quitar el dolor quitando el diente
es quitar el dolor de la cabeza
quitando la cabeza que lo siente."*

Otro concepto quevedesco de la terapéutica: (89)

*"...porque con poca conciencia
lo ganaba su merced...
Por mil causas: la primera,
porque con cuatro aforismos,
dos textos, tres silogismos
curaba una calle entera."*

En este soneto, del mismo autor, resume graciosamente un proceder médico: (90)

*"La losa en sortijón pronosticada.
Y por boca una sala de viudas,
la habla entre ventosas y entre ayudas,
con el "denle a cenar poquito o nada."*

*La mula en el zaguán, tumba enfrenada,
y por julio un "arrópenle si suda";
"no beba vino", "menos agua cruda",
"la hembra ni por sueños ni pintada."*

*Haz la cuenta conmigo, doctorcillo;
para quitarme un mal ¿me das mil males?
¿Estudias Medicina o Peralvillo?*

*¿Desta cura me pides ocho reales?
Yo quiero hembra, y vino, y tabardillo,
y gasten tu salud los hospitales."*

En «El Médico, entremés famoso», dice «Bras Mojón»: (91)

*"¿Tú sabes qué es Medicina?
Sangrar ayer, purgar hoy,
mañana ventosas secas,
y éso tro Kirie-eleisón".*

De don Francisco de Quevedo, dice el P. Feijóo en el «Teatro Crítico» (92), se cuenta generalmente el chiste, que estando enfermo, y habiéndole el médico ordenado una purga, luego que ésta se trajo de la botica, la echó en el vaso que tenía debajo de la cama. Volvió el médico a tiempo que la purga, si se hubiese tomado, ya habría hecho su efecto, y reconociendo el vaso para examinar según se practica, la calidad del humor purgado, luego que percibió el mal olor del licor que había en el vaso, exclamó (como para ponderar la utilidad de la purga): ¡Oh, qué humor tan pestífero! ¿Qué había de hacer esto dentro de un cuerpo humano? A lo que Quevedo replicó: «Y aún por ser él tal, no quise yo meterle en mi cuerpo». Este chiste se atribuye a otros más.

Góngora, en una letrilla, había dicho de la receta médica que era:.

*"Balas de papel escritas
sacan médicos a luz,
que son balas de arcabuz
para vidas infinitas".*

Y esta otra: (93)

*"Si el breve mortal papel
en que venenos receta
no es taco de su escopeta,
póliza es homicida
que el banco de la otra vida
al seteno vista, acepta".*

Saavedra Fajardo, considera esta terapéutica perjudicial y peligrosa, en «La «República Literaria» (94).

"...y así son más peligrosos los médicos que las mismas enfermedades, porque contra éstas suele tener más fuerza la naturaleza, que contra sus pócimas y venenosas bebidas".

Juan Ruiz de Alarcón, que en su comedia «La cueva de Salamanca» habla del estudio de la ciencia, pero en su aspecto de «magia», tiene también su aportación para la sangría: (95)

*"Yo fuí a llamar cierto día
para un enfermo un doctor,
y él sin saber el dolor
o enfermedad que tenía
me dijo: "Mientras se ensilla
mi mula, mancebo, id,
y que lo sangren, decid,
que yo voy luego".*

El agua, otro elemento fundamental en la terapéutica, veamos en estos versos sus ventajas: (96)

*"Llamar al médico del agua que te ofrezco
que has de morir con más gusto y con más fresco
porque, al menos, ese médico procura
que aunque mueras, mueras con frescura".*

En el siglo XVIII, el P. Feijóo lucha contra el abuso de la sangría. Hace afirmaciones maravillosas sobre esto, sobre sus resultados, de lo pernicioso de su reiteración, de la elección de la vena, etc. El opina (97) de la conveniencia y fundamentos de las sangrías y las purgas, «la otra pierna de la Medicina».

Vuelve la sátira y la ironía con Enrique Gómez, también citado otras veces, en una composición que con tintes de lascivia y una segunda intención manifiesta de «la seguridad de las manos de un médico» (98).

*"Cuando enfermaba alguna noble dama,
Sentándose en la cama,
Por muy pequeña fiebre que tuviese,
La hacía que los pechos descubriese.
Y decía, la nieve está pintada,
No será tabardillo, esto no es nada,
Cubra vuesa merced tanta hermosura
Que sólo en un doctor está segura".*

Don Diego de Torres y Villarroel se siente con aires de psiquiatra, al exponer el doctor Camacho sus teorías y tratamiento sobre la locura, dialogando con su «platicante», Sancho.

Después de unas sugestivas teorías acerca de la patogenia de la locura que «deshace la figura circular que tienen los agujeros de los

vasos colatorios, cribas del humor sangriento», él la trata de la siguiente manera: (99)

*"...por lo que he recetado
un geringatorio hecho
de orinas de monas, y tripas
de garrapatas, añadiendo
catolicó, girapliega,
mirabolanos, ajenjos,
y otros setenta ingredientes
de que se guisa un compuesto
a la manera
de un estofado de carnero:
cosa admirable según
Fonseca, capite tertio".*

Pero al fin se muestra escéptico de este tratamiento y confiesa a su «platicante»:

*"...hablando claramente
so bachiller, yo no tengo
por muy fácil el parar
los cabriolos y meneos
de estos titeres mentales
que están de puertas adentro
de la cholla: este es juicio
transparente, puro y neto.
Cualquier Carrancista, amigo,
os responderá lo mesmo".*

Aún no es hora de recopilaciones. Nos quedan una serie de citas que encajan en estos tres siglos, pero que no responden a los títulos que hemos venido encabezando estos últimos capítulos.

Son citas del concepto médico solamente. Para qué servían los médicos, finalidad de ellos en la sociedad. Veamos.

VIII.—El concepto del médico en la literatura española de tres siglos.

Es éste, quizá, el capítulo más triste de todo este trabajo. El concepto del médico, en general, en la literatura española de estos tres siglos no es muy aleatorio. Hay una palabra, muerte, que se repite en todas o en casi todas las citas.

A veces, la palabra «matar» se lee una y otra vez, y casi nos duele el oírlo con tal ensañamiento.

Si antes, en el capítulo anterior, hemos visto la pobre terapéutica, es lógico que pocos milagros son de esperar de la medicina de antaño. Los autores literarios se ceban en el médico. A veces, será simplemente el humor; otras, la sátira predominante en la época, pero otras, se refleja verdadera ira en las composiciones. No queremos ni pensar por un momento, que sea la literatura reflejo de una realidad personal del médico. Si el médico se encontraba casi maniatado ante el enfermo y las consecuencias eran funestas, los literatos —es nuestro pensar— se dedicarían sólo a estos resultados. La labor del médico personal y social se encontraría respetada.

Pero quisiéramos vivir en el interior del médico, comprender sus intenciones y su voluntad. En el próximo capítulo, creo que comprendemos algo de esto, no sin antes en éste exponer todo lo que encontremos sobre el concepto del médico.

Ya en las citas de los capítulos anteriores, con ocasión de otros temas, hemos dejado entrever algo. Si tenemos el ánimo hecho a esto, hagamos aún más fuerte nuestra resistencia. Es también parte de nuestra profesión la opinión general.

«El médico empieza donde el físico lo deja, y comienza el clérigo donde acaba el médico», dice el maestro Gonzalo Correas en su «Vocabulario de refranes y frases proverbiales».

Volvamos a Quevedo. Hora es ya de preguntarle algo a Quevedo. Si vivió en una época donde la sátira estaba a la orden del día, si vivió en una época de injusticias sociales y políticas, si vivió en período de relajación de las costumbres, hora es ya de levantar la mano en señal de alto y preguntarle qué le pasó con los médicos.

«Quevedo batió sus armas (100), primero contra rufianes, dueñas, soplones, curiales, malcasadas y tuvo que frecuentar para ello los garitos y lupanares, las posadas y callejuelas. Pero luego, sus tiros se dirigieron a otros estratos de mayor prestancia; y al fin, a las altas esferas. Criado en Palacio en los primeros años, amigo de palaciegos y altos personajes, conoció a fondo la depravada y pseudocrítica política de la época».

Se dice que su animadversión a los médicos se aumentó por dos motivos particulares. Uno parece que fué causado por el duelo que tuvo Quevedo con el médico del duque de Lerma, Pedro Martín de Andueza; el otro, una desgraciada sangría que le propinó un barbero en Villanueva de los Infantes, a donde fué desde su Torre de Juan Abad, y a consecuencia de la cual estuvo muy grave y hasta a la muerte.

Los aludidos en todos los escritos de Quevedo, los satirizados, publicaron todos un libelo anónimo que titularon «Tribunal de la justa venganza», y entre ellos estaba el doctor Pérez de Montalbán, médico.

Con esta frase de Quevedo —«no se muere de enfermedad, sino de

su médico»— diríamos su concepto sobre la profesión. Pero, en verdad, que vale la pena seguir citándolo.

La única solución de Quevedo para con el médico es el casamiento, pues fué siempre un constante detractor de la mujer (101).

*"El médico se casa de artificio
por si cosa tan pérfida acabase
y hiciere al hombre tanto beneficio.
Y él solo será justo que se case
para que ambos den muertes a sus mitades
y así la tierra de ambos se aliviase".*

Es el mismo criterio que se repite en todas las obras de Quevedo: (102)

*"Cura gracioso y parlando
sus vecinas el doctor,
y, siendo un gran hablador,
es un mátalas callando.
A su mula mata andando;
sentado mata al que cura,
y a su cura sigue el cura,
con réquien y funeral;
y no lo digo por mal".*

Para Quevedo, el médico en la sociedad tiene el mismo papel que la peste. Veamos en esto, parte de una larga sátira: (103)

*".....
Suénanse nuevas y mocos;
comen bocas y sarna;
pican lancetas y pulgas;
peste y médicos matan".*

«El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del Barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor y acábase en las campanas de la Iglesia», dice Quevedo en la «Visita de los chistes» (104). Y en «El Buscón», dice que yendo el buscón de Alcalá para Segovia, se encuentra a un maestro de armas que le enseña por el camino un libro que trata del manejo de la espada y que se titula «Grandeza de la espada». El maestro de armas, habla: (105)

"...y no dudéis que cualquiera que leyere este libro, matará todos los que quisiere.

—O ese libro enseña a hacer pestes a los hombres, o le compuso —dijo el Buscón— algún doctor”.

Para él, el papel del médico, es contrario a su fin. El médico, en su concepto, no busca la salud. La aborrece (106).

”Tres cosas, las mejores del mundo, aborrecen sumamente tres géneros de gente: la salud, los médicos; la paz, los soldados: y la verdad, algunos escribanos y letrados”.

En el «Sueño del Juicio final», pasan ante él todas las profesiones (107).

”...Estaban juntas las desgracias, peste y pesadumbre, dando voces contra los médicos. Decía la peste que ella los había herido (a los hombres), pero que ellos los habían despachado. Las pesadumbres, decían que no había muerto ninguno sin la ayuda de los doctores. Y las desgracias, que a todos los que habían enterrado habían sido por entrambos”.

En los Infiernos («Las zahurdas de Plutón»), los médicos estaban junto con los cornudos y alguaciles en el camarín de Lucifer, sitio privilegiado. Allí, decía Quevedo, que había «pipotes de médicos» (108).

En «La hora de todos», se encuentra con unos ajusticiados, una pareja de médicos. Estos se ponen a llorar por ver muertos a dos hombres «sin haber pagado nada a la facultad».

En el «Parnaso» hay un soneto de Quevedo, al juicio que hace un candil a quien mata un médico estudiando, al despabilarle. El candil ve justa su culpa (109).

*”Si alumbro yo, porque a matar aprenda
¿de qué me espanto yo de que me apague?
Pues en mí que tal hace, que tal pague.
Justifica el doctor su comprehenda.*

*Despabila al que cura y a su hacienda,
cura al que despabila, aunque le halague,
basta matar, que solo amague
de calaveras, es su estudio tienda.*

*Por ser matar la hambre comer, come,
hasta a su mula mata de repente,
ninguno escapa que a su cargo tome,*

*es mátalos hablando eternamente.
Será el mundo al revés siempre que asome,
pues el amanecer vuelve occidente".*

Ni aun después de muerto el médico, lo dejó Quevedo en paz. Esto ocurre con varios autores. Existen epitafios dedicados a los médicos. Veamos el de Quevedo. Habla la muerte: (110)

*"Yacen de un home en esta piedra dura
el cuerpo yermo y las cenizas frías.
Médico fué, cuchillo de natura,
causa de todas las riquezas mías.*

*Y agora cierro en honda sepultura
miembros que rigió por largos días
y aún con ser Muerte, yo no se la diera,
si dél para matarle no aprendiera".*

Lope de Vega, posee también un epitafio dedicado a los médicos.

*"Enseñé, no me escucharon;
escribí, no me leyeron;
curé mal, no me entendieron;
maté, no me castigaron.
Ya con morir satisfice,
¡Oh muerte! quiero quejarme.
Bien pudieras perdonarme
por servicios que te hice."*

Ya conocemos el «Gil Blas de Santillana» y su método de curación. Con tal método, como es de comprender, en pocas semanas hizo «más viudas y huérfanos que vió el famoso sitio de Troya. Parece que había entrado la peste en Valladolid».

Habla de las protestas de los familiares de los muertos, pero es gracioso cuando dice: (111)

"Por lo que toca a los maridos, también eran discretos; ninguno vino a lamentarse de que hubiese perdido a su mujer."

Cuando Gil Blas acepta el cargo de criado del doctor Sangredo, éste se lo da por saber leer y escribir. De esta manera anotaba en un libro la dirección y el nombre de los pacientes que debía visitar. A este libro le llamó Gil Blas «Registro mortuorio» o «Libro de difuntos».

Igual categoría le da Góngora a un homicida que a un médico. No nos coge ya de sorpresa. Dice en una redondilla: (112)

*"El doctor mal entendido
de guantes no muy estrechos,
con más homicidios hechos
que un catalán forajido."*

Salas Barbadillo, en su «Caballero puntual», dice de un médico: (113)

*"Si otros hacen ciudades los desiertos
éstos hacen desiertos las ciudades."*

Y en «El sagaz Estacio, marido examinado», en el acto primero, página 172, dice:

*"Aún con el luto y tristeza
Antonia, tus ojos son
la última perfección
que formó naturaleza."*

*Todos les pagan despojos
como rendidos amantes,
diez médicos principiantes,
no matan lo que tus ojos."*

Y en el acto III, pág. 245, hay este diálogo entre Montufar y Ahumado.

«Ahumado: *A mí me importa matar esta noche a un médico, y en lo poco que yo hasta ahora tengo de leído, he visto que los médicos han sepultado a todos los valientes y poco valientes."*

Al responderle Montufar que es un crimen de «laesae maiestatis», le responde nuevamente:

"Pues los médicos son de su consejo de guerra (de la muerte) y siendo así ¿quién duda que matar a uno de sus consejeros es un crimen de laesae maiestatis?"

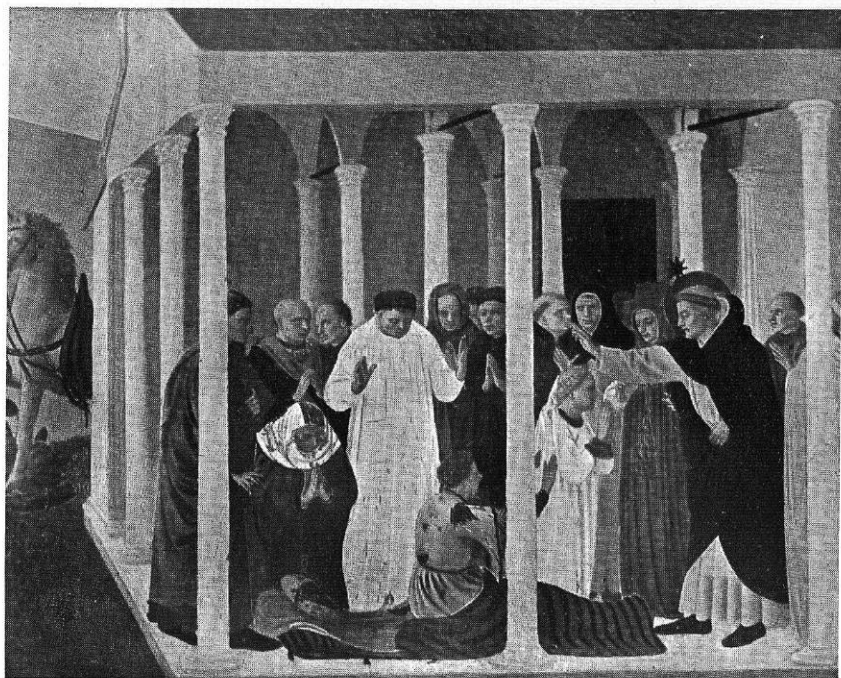
Quiñones de Benavente, en el «Entremés famoso de las malcontentas», pone en boca de Juan Cacho, personaje de su entremés: (114)



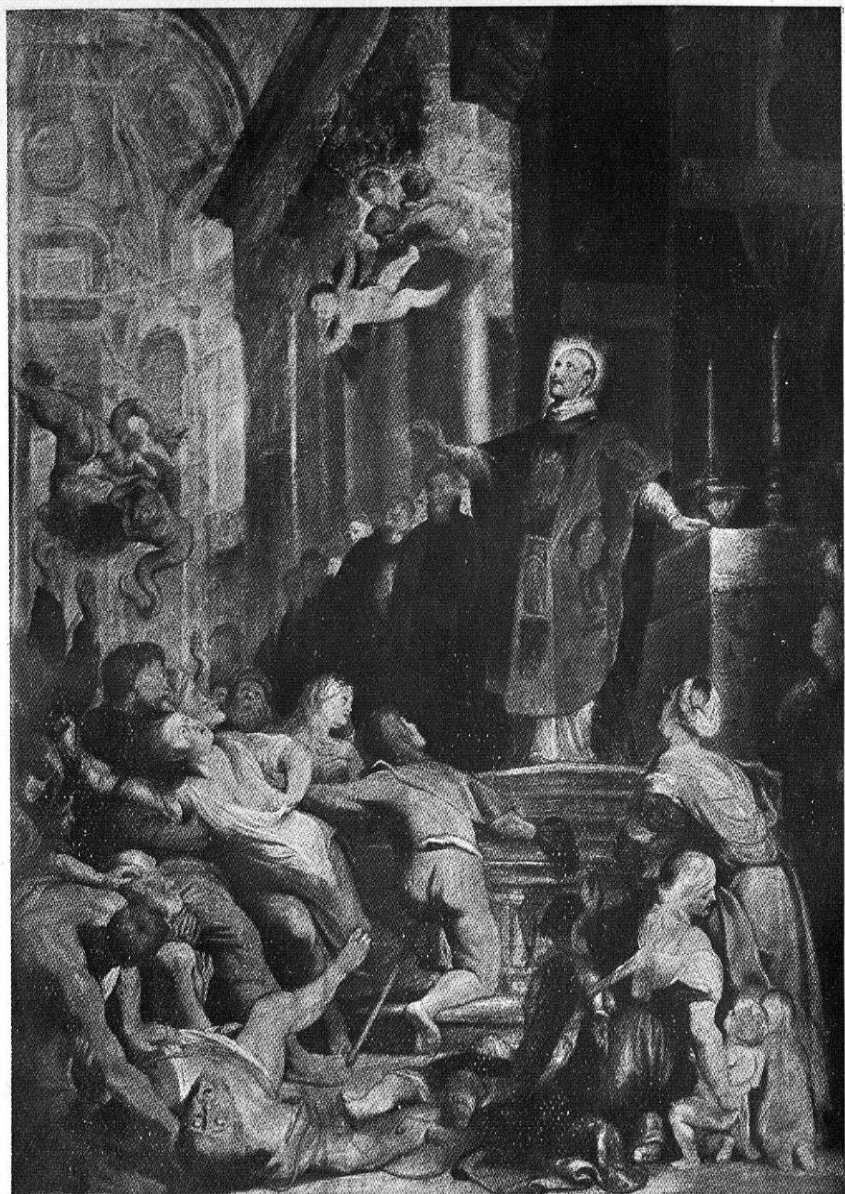
SAN DAMIÁN EXAMINA EN LA REDOMA LOS ORINES DE UN ENFERMO.—Xilografía de Urs Graf. (Gabinete de estampas de Basilea).



SAN COSME ASISTE A UN ENFERMO CON ESPÁTULA Y UNGÜENTO.—Xilografía de Urs Graf, el Viejo. (1485-1527. Gabinete de estampas de Basilea).



SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, RESUCITA A UN DIFUNTO.—*Cuadro de Fray Angélico de Fiesole (1387-1455. Museo del Louvre, París).*



SAN IGNACIO DE LOYOLA, CURA A LOS POSEÍDOS.—Cuadro de Pedro Pablo Rubens (1577-1640.
Museo histórico de Arte, Viena).

*"...aunque sepa el doctor menos que nada,
el médico jamás se vió que yerra;
porque sabe su error cubrir la tierra."*

Parecida es la cita de Cervantes en «El licenciado Vidriera», cuando opina sobre los oficios y profesiones: (115)

"Sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un recipe. Y no hay el descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de tierra."

Tirso de Molina, que sabía todas las confidencias de un confesionario, en la obra «La prudencia en la mujer», antes citada, dice (116)

*"Pero ¿qué hay que recetar
cuando mi sangre acredito
y más, no siendo delito
en médicos el matar?
antes honra su persona
quien más mata."*

Y cuando le descubren al médico la artimaña del asesinato —recor-
da la trama citada— matan a éste y exclama:

*"El primer médico soy
que castigan por matar."*

Poco valor tenía para Tirso el estudio de los médicos, pues en su concepto: (117)

*"No hay facultad que más vida
estudios, libros, galenos;
ni gente que estudie menos
con importarnos la vida."*

Calderón, serio, silencioso, él que había dicho sobre la vulnerabilidad y fragilidad de la vida filosóficamente,

*"Adonde estará segura
mi vida por donde voy,
si cada paso que doy
es sobre mi sepultura."*

en su drama «La devoción de la cruz», pone en boca del personaje Gil: (118)

*"¿No lo véis?
ofendo a Dios en el quinto,
mato solo, más que juntos
un médico y un estío."*

Calderón tiene un auto que se titula «El veneno y la triaca».

Y en el XVII, también Manuel Salinas Linaza, traductor de Marcial, dice: (19)

*"Díaulo es hoy sepulturero,
y ha poco que era doctor;
lo que hace enterrador
hizo médico primero."*

En el siglo XVIII, se sigue la misma temática en el concepto del médico. Don Diego de Torres y Villarroel, que «el saber yo la medicina y el haberme hecho cargo de sus obligaciones, poco fruto y mucha falibilidad, me asustó tanto, que hice promesa a Dios, de no practicarle sino en los lances de necesidad y en los casos que juré cuando recibí el grado y el examen».

Más adelante veremos algo sobre este juramento. No era desde luego un «vocado» a la medicina, además con este concepto... (120)

*"Muy pocas esperanzas
da de una vida
preciada de profeta
la medicina;
más miente mucho
como los que se arriman
a sus estudios."*

Poco se podría esperar de él. Parece mentira, que él mismo comentara su profesión de esta manera: (121)

*"El alcalde nos arruina
con daga, el rey lo ha mandado,
y el escribano y letrado,
ambos van a la mohina;
sale a atisbar la vecina,
el doctor sale a matar,
precurémosnos librar
de tan infame ganado;*

*y pues nadie es abonado
de nadie se ha de fiar.
Todo es muerte, todo es guerra
en el cortejo villano;
y más mata el cirujano,
y el sacristán más entierra..."*

Atribuído también a Torres y Villarroel, es este soneto: (122)

*"La rica Filis de curarse trata,
y un médico muy docto solicita
viene sin detención, y deja escrita,
en papel poco, mucha patarata.*

*Viendo cuan doctamente aquel le mata
que venga otro doctor, la dama grita.
y acude en su caballo a la visita
otro que puede andar a la reata.*

*Una dieta de médicos, reputa,
pienso convocar, en la que vota
cada uno en apoyo de su seta.*

*Poco tiempo después, todo se enluta,
Murióse Filis ya, pero se nota
que se murió de ahita con la dieta."*

Para Enrique Gómez, otro autor citado, tiene en su «Siglo pitagórico», este breve concepto que él titula «Estampa del médico». (23)

*"Cuchillo racional introducido,
veneno por antídoto traído,
rubarbo endoctorado,
pecado original sin ser purgado."*

Y su resultado final de acción, es la misma de siempre: (124)

*"Y para que esta noche tenga sueño,
venga papel y tinta, que he de darle
cosa, que recordarle
el mal no pueda. Y la verdad decía
porque daba su alma antes del día."*

y los médicos: (125)

*"Mi cotidiano pan es la sangría;
 mi ganancia suave
 uno y otro jarabe;
 mi hacienda bien ganada
 una purga endiablada;
 mi mayorazgo el pulso;
 la muerte, mi recurso;
 la orina, mi consejo;
 la cámara, mi espejo;
 mi puñal, un barbero;
 la botica, mi acero;
 y mi renta segura,
 la siempre dilatada calentura.
 y con salud a muchos enterremos."*

La idea que expone José Iglesias de la Casa, poeta satírico festivo, que ya tiene su antecedente en esta antología, es ésta: (126)

*"Sin crédito en su ejercicio
 se llegó un médico a ver,
 y él, por ganar de comer
 ya se ocupa en nuevo oficio.
 Más tampoco se desvía
 de la afición del primero
 que hoy hace sepulturero
 lo que antes médico hacía."*

Y fray Juan Interian de Ayala, cuenta un pasaje, que no pasa más allá de la frontera de lo jocoso: (127)

*"De Jos, el busto, que hierro
 formó de artifice ufano,
 tocó antes de ayer la mano
 de Alcón, médico por yerro.
 Hoy ya en hombros, como a entierro
 le llevan ¡caso fatal!
 que no evitó tanto mal
 ser (que es todo posible)
 ni como piedra, insensible
 ni como Dios, inmortal."*

Los versos de Jérica a un médico que desafió a uno, que tenía «tercianas»: (128)

*"Advertid, señor Mallorca
que si le diérais muerte
con la espada, vuestra suerte
será morir en la horca.
Siendo doctor, buena gana
tenéis de desafialla;
aguardad para matalle
a que le dé la terciana."*

Y del grupo de los epitafios es éste, también del siglo XVIII, de Francisco Gregorio de Salas: (29)

*"La prueba de que la muerte
no perdona hombre nacido,
es ver que no ha perdonado
hoy a su mayor amigo."*

IX.—Examen de conciencia.

Ante todo, con lo que llevamos dicho del médico a lo largo de estos tres siglos, XVI, XVII y XVIII, bueno es descansar, tomar aliento y reflexionar.

Ahí queda, pues, en los mejores libros de aquella época, el médico. Queda acribillado de sátiras, de ironías, de ideas... Creo es nuestro papel hacer con él examen de conciencia.

Si al comenzar el capítulo VII hemos hecho un bosquejo histórico de las circunstancias, al menos creo, nos encontraremos ambientado. Consideramos que este punto es fundamental.

Ahora bien; el papel verdadero del médico ¿cuál sería? Un escritor satírico, cualquiera de ellos, nos figuramos que si al instante de haber escrito una sátira de cualquier tipo sobre la profesión médica, se hubiese visto atacado en ese momento por cualquier mal, correría a llamar a su médico, pese su concepto, a pedirle opinión.

Hay valores eternos en la carrera de Medicina. El médico podrá curar más o menos, pero estos valores —insistiremos al final— son siempre eternos. Como son eternos otros valores en el enfermo que, pese el adelanto de la ciencia, existirán siempre.

Porque el médico podrá curar sólo a veces, pero consolar —y esto es mucho— debe siempre. «Guerir parfois, soulager souvent, consoler toujours», dice un antiguo proverbio francés que tiene traducción en todas las lenguas y en todas las épocas. Este es un valor.

El médico al visitar un enfermo, en toda época, da siempre una esperanza al enfermo. Es este, también, otro valor. «Para el hombre

que se halla entre los vivos —dice la Escritura, Ecles. IX(4— hay Esperanza; porque más vale perro vivo que león muerto».

El estudio y el cariño del médico hacia su profesión, la vocación, es otro valor eterno. Don Francisco de Leiva y Aguilar (130) dice que el médico ha de ser «estudiante desde que nació y estudiante hasta que se muera», y finalmente continúa como dice Galeno, «importa que los médicos sean semejantes a unos ángeles, y así, como se ve, es imposible ser muchos los perfectos, y se puede así decir por el que lo fuere, que es cisne negro o cuervo blanco».

Siempre también ha habido en toda época dos clases de médicos, buenos y malos médicos, ya distinguidos en sus «Epístolas familiares» por Fray Antonio de Guevara, y Antonio de Torquemada, otro escritor del XVI, habla de la necesidad de la experiencia en los médicos. («Coloquios satíricos»).

«La experiencia del médico, dice en 1713 el doctor Antonio Díaz del Castillo, ha de ser sabia y su sabiduría experimentada. Son en el médico, la ciencia y la experiencia, como sus pies y sus manos en el hombre, y así como fuera imperfecto, quien sólo tuviera un pie o le faltare una mano, así el médico sin ciencia o sin experiencia, justamente puede considerarse entre los mancos y los cojbs».

Si de aquellos médicos se habló tanto en contra, ¿cuántos dolores quitados, cuántas lágrimas no vertidas, cuántas esperanzas encendidas y cuántos consuelos prodigados tendrían a su favor?

Y en toda época también, no tendrían los médicos una hora de descanso segura ni de día ni de noche, no tendrían días de fiestas, ni expansión prolongada y duradera.

Por algo se dijo del médico que era «varón probó, perito en Medicina».

En el siglo XVIII preguntaba Feijóo, de una manera que hoy no admitiríamos la pregunta, «¿no se cura hoy —decía— (131) del mismo modo que antes, y no son hoy incurables todas las enfermedades que antes lo eran? Y él considera de buen efecto —como el señor Postel, deán de de Facultad médica de la Universidad de Caen— y de provecho, estos azotes —Molière, Quevedo— que de vez en cuando manda la Divina Providencia a los médicos «para hacernos entrar en nosotros mismos, y re-formar la medicina» (132).

Su confianza tendría cuando él mismo da las normas para la elección de médico y dice que sus cualidades han de ser: «primero, que sea buen cristiano; segundo, que sea juicioso; tercero, que no sea jactancioso en ostentar el poder y la seguridad de su arte; cuarto, que no sea adicto a sistema filosófico alguno, de modo que se regle por el de la práctica; quinto, que observe y se informe exactamente de las señales de las enfermedades, y sexto, que correspondan por lo común los sucesos a sus pronósticos» (133).

Si los médicos —que es de esperar en los buenos médicos y los médicos buenos— cumplían el juramento que hacían la mano derecha en el libro de los Evangelios, al salir de la Universidad a ejercer su profesión, es otro de sus valores fundamentales: (134).

"¿Juráis asistir de balde a los pobres de solemnidad, con el mismo cuidado que a los ricos?

Sí, juro".

"Si así lo hiciéreis, Dios os ayude y si no, os lo demande".

Sirva, pues, todo esto de examen de conciencia y levantemos estos conceptos, puros y excelsos, bien en alto. No faltan nunca, y no faltarían en cualquier época.

No nos escuecen ya las heridas de las sátiras. Ahí quedan frías, amontonadas. Dios sabrá quién las escribió y de quién se escribió. Descansen todos en paz.

El epigrama cumplió su cometido. Al fin y al cabo sólo sirvió para esto, que es su papel.

*"Mas al festivo ingenio deba solo
el sutil epigrama su agudeza;
un leve pensamiento,
una voz, un equívoco le basta
para lograr su gracia y su viveza;
y cual rápida abeja, vuela, hiere,
clava el fino aguijón, y al punto muere".*

«Al punto muere». Los demás valores, los eternos, pasan siempre a su reino, la eternidad.

X.—El médico en la literatura española del XIX.

El siglo XIX, es un siglo denso. El médico va adquiriendo categoría social. Va aureolado de una gran prosopopeya. Sus movimientos son pausados y categóricos; sus sentencias, doctrinales.

La dignificación, después de la Revolución francesa, de varias profesiones, y entre ellas la médica, va coincidiendo con un progreso de la ciencia.

«En el siglo XIX, poco a poco, el médico, dice Marañón (135), en lugar de palabrería misteriosa y recetas absurdas, empezó a actuar de un modo más eficaz y exacto, con sueros que salvaron teatralmente la vida, con medicamentos de acción enérgica y rápida y con casi milagrosas operaciones quirúrgicas».

Si hemos hablado en capítulos anteriores de la mula que usaba el

galeno clásico —dice el mismo autor— que «con el refinamiento exterior de las costumbres y la cultura humanista se cambia por el tronco de caballos».

Hemos indicado que el siglo XIX es un siglo denso. Y es que en él hay grandes movimientos sociales e intelectuales de gran importancia. El romanticismo, el realismo, al final la ingente altura de los pensadores del 98.

En el romanticismo abundan las enfermedades románticas: damas histéricas, damas cloróticas y heridas de ellos, abundantes en derramamiento de sangre, unas veces provocadas por un tiro de pistola, otras por un final desastroso, en noche tormentosa, de la vida de un hombre que vivía con un amor imposible.

Existe también en este siglo otro tipo de literatura: la literatura realista.

Siguiendo con el mismo autor y con su libro (136), dice que esta literatura realista, a que estamos aludiendo, es en realidad «un romanticismo trasnochado y vergonzante, que empezó a convertir en héroe al hombre mágico que, con una sutil lanceta, devolvía la vista al enamorado que no había podido ver a su novia».

La ciencia, de filosófica y teológica que la dejamos en el siglo XVIII, va pasando al campo de la anatomía anatomopatológica y al de la interpretación etiológica. Se asientan los pilares de la experimentación.

Aparecen salpicados en el siglo este, hombres de la categoría del doctor Cortezo, de don Antonio Espina y Carpo y de Federico Rubio.

Al final aparece la gran figura de Ramón y Cajal, de quien las citas y opiniones suyas del médico la pasamos, con toda la generación del 98, a la actualidad.

Vital-Aza, médico, aparece con su literatura del género festivo.

En frase de Letamendi, se cifra la gran responsabilidad del médico. «En otra parte, dice, el práctico que yerra, yerra; en la médica, el práctico que yerra, mata». No dice que el médico mate, es sólo una advertencia de la gran responsabilidad de la actuación del médico. Es un aviso grave que debemos tener siempre presente, es una luz de advertencia constante, es un consejo, al fin, que tenemos que grabar a fuego sobre nuestras conciencias.

De los caminos que toma la medicina y de su comparación con hechos pasados, nos da idea una frase feliz que se ha repetido en varios sitios: «El doctor Libra, de la calleja de la Cura, ha sido sustituido por el doctor Onza, de la calle de la Previsión».

Si hemos hecho estas advertencias primeras, parece que en la literatura la opinión del médico iría sobre ruedas. No es así. Las citas, sobre todo de la primera mitad del XIX, están cargadas de ironía. Pero hay gran diferencia con lo expuesto en capítulos anteriores. A estas alturas se van perdiendo motivos para zaherir al médico. Así, pues, la burla del

médico que continúa será recordando médicos del pasado, o buscando el chiste, o buscando un cuento para hacer reír.

Mariano José de Larra tiene tres versos en «Sátira contra los vicios de la Corte» que en nada se diferencian de los que conocemos de otros siglos: (137).

*"Y el médico aquí viva, que se entiende
con algún boticario y nos receta
drogas que, a medias con aquél, nos vende".*

Para Carolina Coronado, el abuso de la sangría sigue siendo motivo de un epigrama con sentido humorístico, que tiene aires pretéritos: (138)

*"Un doctor muy afamado,
mandó hacer una sangría,
y después que hubo pasado:
—¿Le ha sangrado usted? —decía.
—Sí, señor; ya me he sangrado.
—Que se repita mayor,
repuso. Y volvió después:
—¿Se repitió? —Sí, señor.
—Pues otra larga, hasta tres,
y calmará ese dolor.
Cuando volvió al otro día,
le preguntó al enfermero:
—¿Cómo está su señoría?
—Descansa. —Bueno, eso quiero;
que le den otra songría.
—Se le dará sin temor;
mas no está en eso el misterio.
Diga usted ¿el sangrador
querrá ir al cementerio
a sangrar a mi señor?"*

Como vemos, los mismos temas que hemos venido tratando se repiten en este siglo. Con el mismo aire de la anterior es esta composición de Mesonero Romanos, sobre la infalibilidad del diagnóstico médico: (139).

*"No hay que dudar: está yerto;
ya expiró dijo el doctor.
Y el enfermo: —No, señor
le contestó, no estoy muerto.
El médico, que lo oyó,*

*mirándole con desprecio
le replicó: calle el necio.
¡Querrá saber más que yo!*

y de la purga:

*"Tomó Leroy, don Liborio,
y le tomó con tal celo,
que se marchó limpio al cielo,
pasando aquí el purgatorio".*

Estas alusiones médicas, sin malicia, pertenecen al género festivo. Son siempre los mismos temas. Con razón se ha dicho «que los hechos de la historia no se repiten, pero el hombre que realiza la historia es siempre el mismo».

El epitafio, de lo que también tenemos ejemplos, se repite en el XIX, por Martínez de la Rosa: (141).

*"Aquí un médico reposa,
y al lado han puesto la muerte;
iban siempre de esta suerte".*

Liborio Porset, posee otro epitafio: (141)

*"Aquí yace don Mamerto,
médico muy afamado,
el cual a nadie ha matado...,
se entiende desde que ha muerto".*

Las opiniones de poetas poco conocidos, como Manuel Milla, Daniel Ortiz, Ossorio y Gallardo, Manuel María Arjona, Juan Bautista Arriaza, Manuel del Palacio, el doctor Vital-Aza, médico que nunca ejerció y que posee el libreto de la zarzuela «El rey que rabió» (el coro de los doctores), y composiciones humorísticas, como «El médico cazador», «Visita médica», etc., harían interminable las citas. Todas son del mismo tipo, tienden al chiste, a la astracanada, y no tienen gran valor literario. Son opiniones del médico que encontramos más bien en el reverso de una hoja de almanaque, que en un trabajo antológico donde figuran las principales mentes de la literatura española. No creemos sean fundamentales.

Angel Ganivet fué uno de los pensadores más exquisitos que España ha tenido y se le considera como precursor de la generación del 98. Vive en una época de encumbramiento de la ciencia. Se crean premisas importantes y los sabios de levita se envanecerían de ellas.

Ganivet, en su «Epistolario», Carta XXX, notaría esta postura en

algunos de los sabios de la época y pensaba: «Si el instinto o la fuerza conservadora de la especie pudiera hablar cada vez que los hombres se han envanecido por un acto importante, les habría dicho, como a la pulga de la fábula, pero ¿estábais ahí?»

El personaje del médico tiene en la literatura de esta época, aparte de las citas hechas, un valor social.

La novela realista, el teatro y la erudición y la crítica, no tienen opinión propia sobre el médico. El médico aparece en la novela como un personaje que se envuelve en la trama. No opina en concreto sobre él en este género abundante del siglo XIX. Habla, conversa, siente, es un ser humano más que vive en sociedad. Pero sus citas harían perder el carácter de este trabajo, pues no es el concepto suyo de médico, el que aparece. Por eso la eludimos.

Y el bloque de pensadores del 98, le incluimos en el pensamiento actual. La generación del 98, que cronológicamente resulta inexacta y que ha sido un acierto en su significación, respecto al concepto del médico, va al paso de la medicina y por lo tanto su «cronos» pertenece a la actualidad.

No sin antes formar un capítulo con el concepto del médico rural en la literatura española.

VI.—El médico rural en la literatura española.

Que ni por un instante sirva este título para indicar una separación, que hiera falsas susceptibilidades, entre los médicos que se dedican al ejercicio de la profesión en ambiente rural y los de las capitales. Y si esta división apareciera aún por ese instante, sirva para exponer nuestro reconocimiento y admiración hacia aquellos médicos que con escasos medios de exploración, buen ojo clínico y mejor corazón, manejan todas las teclas de ese vasto campo general que es la medicina en su conjunto.

En la literatura española de otros siglos no se hace mención especial al médico rural. Con el color y tinte de la época, en «El Gil Blas de Santillana», dice Fabricio, amigo de Gil Blas: (143).

“Vivan los médicos de aldea y de arrabal. Sus yerros son menos conocidos y no meten tanta bulla sus asesinatos”.

Hecha esta excepción de cita de siglos anteriores, no encontramos más alusiones. Es, en cierto modo, natural. La especialización en medicina es cosa de hoy. El médico especializado vive casi siempre en la capital. En aquellos tiempos no existía este factor diferencial; la escasez de la terapéutica y el menor número de diagnósticos de enfermedades hacían más simple la medicina. Es esto, creemos, otro factor. En los medios

de exploración, en los medios de vida, no existía tanta diferencia como hoy.

Así, pues, nuestro concepto de médico rural se cifrará casi o en la misma actualidad.

Marañón, en el prólogo del libro «Escenas de la vida de un médico» (144), tiene una preciosa opinión del médico rural:

"La vida del médico ciudadano es demasiado artificiosa, porque opera sobre una anormalidad sin matices... En los pueblos, llaman al autor de este libro "D. Fernando". Es curioso que el médico del pueblo rara vez tiene, para la gente del campo, apellidos. Es sólo don Fernando, don Juan, don Crisóstomo. Lo cual confirma que el médico rural es "el médico", un ente representativo que pasa como "el ángel" o "el espíritu del mal" o "el traidor" o "el avaro" en la fantasía popular o en los romances o en los autos sacramentales. Es, más que una figura, un símbolo. Y como tal símbolo viviente ha podido convivir con los factores universales de la humana existencia, con el dolor y la desventura, el odio y el amor, el engaño y la nobleza, la ingratitud y el fervor, es quimera representativa de lo que fueron y serán las pasiones; y no con el dolor de tal duquesa o el aburrimiento de tal banquero o la lascivia de tal mecanógrafa de las ciudades donde sólo hay pasiones domesticadas, en serie, aparatosas pero vacías como la de los héroes que se exhiben en los carteles monstruosamente falsos del cinematógrafo".

Magnífica explicación y concepto del doctor Marañón de lo que es y representa un médico rural.

Vamos, pues, entrando en un ambiente actual del médico, y la opinión cambiará totalmente.

El ambiente rural es donde quizá algunos médicos hayan visto su primer enfermo. Ese primer enfermo de todo médico que en la pluma de Enrique Sánchez Pascual, médico-poeta, plasma muy bien en su libro «Poesías para médicos» (145), donde «eleva el lenguaje médico a la categoría estética».

*"Ha entrado. ¿Quién es? Uno que sufre y que viene de lejos,
de esa región caída de la vida,
donde empieza a sentirse el cuerpo."*

... ..

"Gracias, Señor; te lo agradezco.

Mi primer diagnóstico

fué bueno.

Ayúdale a vivir; te lo suplico...

¡Es mi primer enfermo!"

Es ese médico rural, nunca bien ponderado, con su primer enfermo. Es ese médico rural, más tarde, introducido en plena vida profesional, como el «D. Claudio», de Camilo José Cela, en «Cuestión de acertar». Un médico rural, «Un milenario patriarca, que deja la yegua en el portal y sube las escaleras quitándose el tabardo y chaqueta». Un médico rural que viene «empapado de agua y calado hasta los huesos». Un médico rural que al regreso de esta visita significativa, la mujer, doña Rosita, acostada ya, le pregunta: (146)

—¿Sí, le he metido tres pesetas debajo de la almohada, no llevaba nada más encima...

Los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero tienen una gran parte de su producción teatral desarrollada en los pueblos andaluces.

Uno de sus pueblos de Andalucía, blancos, soleados, ribeteados de chumberas. Un pueblo de esos, chiquito, con su iglesia, su escuela, sus casas y su «tonto». Un pueblo donde viven vecinos con una honda vida interior, filosófica y senequista. Donde vive uno de esos hombres que cuando cantan, asientan:

*"Qué me importa a mí
que los doctores no vengan
si me tengo que morir."*

(popular)

En esas obras teatrales de los hermanos Álvarez Quintero, hay unos cuantos tipos de médicos todos diferentes.

En «Tuyo y mío» (147) hay un médico, don Manuel Veguero, individuo sencillo y abandonado en el vestir. Vive en Alojjar de los Caballeros, pueblo imaginado por los autores.

Dice don Manuel respecto a su situación:

"Vegetando en este poblado, mal curando a su gente, tragando quina sin tener calentura, con un hígado que es una fábrica de bilis verde, yo he llegado a tal conclusión: al médico no se le debe condenar por los hombres que mata, sino por los que deja vivos."

El médico de Alojjar cura a todas las personas del pueblo sin distinción de clases y oficios. Con carácter humorístico, dice:

"—Sí, de los que meten contrabando, de los que dan con la uña en el peso, de los que explotan a los pobres, de los que no respetan la tasa... ¡Y yo los tengo que curar!"

Es un médico metido en los pormenores del pueblo, discutiendo problemas familiares, casamentero, con horror a la humanidad, ya que él dice que no quiere salvar a nadie —compréndase el sentido de estas palabras— para librarlos de ser hombres; e incluso, en su especialidad, los niños, piensa siempre que al salvarlos o al curarlos, después crecen y son hombres que vuelven a luchar por las mismas pasiones.

En «La prisa» (148) hay un tipo de «señorito», Manolo, estudiante de Medicina, alegre, alocado, dicharachero, con un concepto escéptico y poco confiado de las enseñanzas de sus maestros:

"No se sabe nada —dice—. En general vamos a ciegas. Es un axioma entre nosotros: no hay enfermedades, hay enfermos. Estudia Vd. a conciencia una enfermedad... y le sale enseguida un enfermito de ella que le lleva la contra.

y más adelante...

"¡Y los nervios!... ¡Uh! ¡Cualquiera entiende! Se pone Vd. nervioso porque le da la gana al organismo y se calma Vd. porque caen cuatro gotas o porque no caen. No se sabe nada.

Estos médicos rurales, helos ahí, cada uno en su estilo cumpliendo su misión. Una misión científica y más aún paternal y afectuosa, llena siempre de abnegación y sacrificio.

El médico, Gonzalo Vega, de «La dicha ajena» (149) es un perfecto caballero y hombre de bien. Es médico de «Guadalema», le llaman «el hijo de Vega, el herrero». Le conocen poco en el «casino». Lucha con la envidia de algunos del pueblo motivada por la ascendencia paterna; soporta conversaciones irónicas, de envidia, de crítica. Lo conceptúan de niño sabio y señorito.

Quiere fundar en Guadalema un asilo, «un refugio —dice— donde puedan las madres dejar a sus hijos al marchar al trabajo y recogerlos al volver..., allí encontrarán los niños abrigo y amparo y así se les criará y educará enseñándoles un oficio o un arte, hasta que puedan por sí solos ganarse la vida o atender a la de los suyos. Claro que este asilo una vez fundado lo costearán, por de pronto, las familias ricas de Guadalema; pero después con los mismos trabajos que en él se hagan para aprendizaje de la gente menuda, podrá buscarse la base de su sostenimiento».

Obtiene respuesta negativa de los escéticos y le costea la idea, Gracia, dama rica de Guadalema.

A José Ramón, antiguo enemigo suyo, le salva la hija que se ahogaba atacada de difteria haciéndole una traqueotomía. «José Ramón —dice

Gonzalo Vega— rompió a llorar como un loco y se puso a besarme las manos, manchadas aún con sangre de su hija».

Hay toda una filosofía en la actuación de este médico. Se cifra todo en su opinión de «alegrarse en nuestra dicha que ha nacido de querer hacer la de los demás».

Otro tipo de médico rural es don Cecilio, que ejerce en «Puebla de las Mujeres». Don Cecilio es el decano de los médicos de Puebla. Es un tipo que todos conocemos. Pero si el médico, en su ambiente rural tiene que luchar con inconvenientes, lo es hasta en el hecho de tomar el domicilio del enfermo. Cuando una muchacha, hija de José «er de las piedras de afilá» va a preguntar por D. Cecilio, porque a su hermana «le ha dao un inzurto» D. Cecilio le pregunta donde vive y... (150)

—*Pos pazá la rinconá del aguaducho, er cajellón aquí.*

—*Allí hay dos callejones.*

—*Pcz er der marmoliyo conforme se entra.*

—*¿Qué número?*

—*La caza der faró.*

—*Pero ¿Qué número?*

—*A la vera der derribo.*

—*Mira niña, lo mejor es que nos vayamos juntos porque si no, no le curo el insulto a tu hermana."*

Nuestra mejor opinión para estos médicos, nuestra veneración y nuestro respeto. Su actuación siempre es de ciencia, arte, caridad y amor.

XII.—El médico en la literatura española contemporánea.

Pecaríamos quizá de egocentristas si concediéramos al médico en la literatura española contemporánea un valor absoluto. La medicina marcha por caminos seguros de fructíferos resultados. Los últimos hallazgos —no es momento sino sólo de recordar— han aniquilado totalmente mortales padecimientos de la humanidad. Hay elementos de argumentación suficientes para asentar unas conclusiones favorables. Pero, cuidado, no seremos absolutistas en nuestro modo de pensar.

El concepto del médico ha variado por completo en la literatura española.

Si varió el concepto del médico y varió de raíz la medicina, se deduce que lo primero es consecuencia de lo segundo. Y, por tanto, se deduce igualmente, que los conceptos de siglos pasados eran en general adversos porque la medicina de entonces era muy distinta a la de hoy.

Algo de todo esto habrá, pero no solo. Si hemos leído con atención

el trabajo, deduciremos una circunstancia, que en uno y otro momento, no sólo por el estado de la ciencia médica favorecía o desfavorecía la opinión del médico en los literatos españoles.

En este último capítulo expondremos las ideas del médico pensadas por los grandes literatos actuales. Igual que nos pasaba en el siglo XIX con la época realista, en esta literatura contemporánea ocurrirá igual. Existen hoy día infinidad de novelas, de piezas teatrales, etc., donde el personaje médico se halla. Pero repetimos que sólo existe socialmente, sin que su opinión o la de la obra donde existe —infinidad de piezas teatrales del género chico— tengan valor en un trabajo de condensación y de opiniones valiosas y con carácter general. Evitaremos sus citas.

Algunos puntos que toquemos en este capítulo, serán los de tiempos clásicos, pero bañados con el sabor y color de pleno siglo XX.

Si hemos tratado de la indumentaria del médico en épocas clásicas, hoy podemos también hablar de ella. No en su indumentaria de calle, pero sí en el moderno quirófano.

Don Gregorio Marañón, en «Vocación y ética», revaloriza en estos tiempos la altura social que ha alcanzado el cirujano, de tan litigiosa estirpe, y señala: (151).

"Hoy, el hombre de la blusa blanca que cada día enriquece con nuevos detalles indumentarios impresionantes, ya antifaces de gasa, ya fundas que transforman la humana silueta en la de un oso polar en erección, de donde emerge, armada, la mano de caucho, ese hombre es el primate de la fauna médica".

La terapéutica, que también se criticó mucho en otras épocas, y en especial «el agua», pone su tono característico Enrique Jardiel Poncela. El, que en sus «Cuarenta y ocho reflexiones sobre medicina no aptas para médicos con barbas» había catalogado al médico de cabecera como «el médico que se coloca siempre a los pies de la cama», y que la terapéutica del agua está bien fundamentada, porque (152)

"la hidroterapia lo cura todo radical y definitivamente, y aunque existen muchos que niegan que el agua lo cura todo, nadie se ha atrevido a negar que los que tragan agua en cantidades suficientes para ahogarse, no vuelven a estar enfermos de nada".

Si también hablábamos del médico y los honorarios en la época clásica de los galenos, hoy día, no se puede tachar de «mercenarios» a individuos que ejercen su profesión, en buena parte, con servicios gratuitos. Aunque exista una novela o más en el extranjero, leída por el mundo entero, «no todas las profesiones —dice don Pedro Lain Entralgo— pueden exhibir ese timbre de gloria».

Si antes se tenía un concepto del mal compañerismo, de funesto fin y funesta consecuencia de la actuación del médico, oigamos otra opinión de don Gregorio Marañón: (153)

"Hablar mal de otro médico es, por muchas razones que tengamos para ello, hablar mal de la Medicina; y, en definitiva, de nosotros mismos.

Cuidar nuestro prestigio, es obligación de los médicos, sin más limitaciones que las de orden natural: la salud del enfermo y la propia conciencia".

Y si también hemos citado los términos de los galenos en un capítulo de la época clásica, veamos en la obra teatral de Manuel y Antonio Machado «Las adelfas», la opinión de Carlos Montes, médico. Tiene ideas de psicoanálisis, que existen también en el libro de Ramón Gómez de la Serna, «El doctor inverosímil», como veremos: (154)

*"Los sueños
son cajitas de sorpresa.*

*.....
Si, ya los sueños pasaron
de manos de los poetas
a las del médico; ahora
ya no es culto, sino guerra
a los sueños. Hoy se tratan,
se estudian y hasta se operan
llegado el caso".*

«Araceli», hace una graciosa recopilación de la terapéutica:

*"Hidroterapia: con agua
se sana todo; helio-
terapia: donde entre el sol
hace milagros; los nervios
se entonan con nerviosina,
el nombre es casi un remedio;
homeopatía: un granito
de anís y te pones nuevo;
alopatía: dos onzas
de ruibarbo y tres de arsénico;
naturismo: nueces, dátiles,
naranjas y siempre en cueros.
¡Viva la ciencia! Y un día
os desembozáis diciendo:*

*todo se cura buscando
del alma en los recovecos
el morbo fatal, y a fuerza
de conversar...*

«La muralla», obra cumbre de Joaquín Calvo Sotelo, al hablar Matilde por teléfono con su doctor, tiene aire esta cita de tiempos y antecedentes pretéritos: (155).

*"Sí, sí..., eso, eso, doctor... Simplemente con que le dijese que el... (buscando la palabra) electrocardiograma. ¿No?
¡Jesús, doctor, cómo se ve que es Vd. un sabio, qué palabras usa!"*

Para «Azorín», el estudio de la medicina hoy es un problema, y cargado está de razón cuando opina de este modo en «Síntesis de un médico»: (156)

"La producción libresca y de revistas en Medicina es formidable; un médico no puede ni debe leerlo todo; mucho de lo que se publica es efímero. Y si en cualquier otra profesión el tomar lo efímero por definitivo no tiene consecuencias nocivas, en Medicina puede tenerlo".

Don Gregorio Marañón batalla incesantemente con este carácter que va adoptando la ciencia médica, y en su opinión el médico joven (157) «se preocupa demasiado poco del hombre enfermo, de la historia natural y patológica del hombre, y excesivamente de lo que les puede pasar a las ratas y a los conejos de Indias». Ya Letamendi lo pronosticó, cuando decía que «en la Medicina humana faltan hombres y sobran ranas».

Todo el ambiente de hospital moderno, la blancura de los quirófanos, batas blancas, ambiente estéril, han dado inspiración a infinidad de novelas. M. Pombo Angulo —que tiene escrito su «Hospital General»— dice que «no hay nada tan sugestivo como el hospital para un temperamento literario; no porque sea la vida misma, como muchas veces se ha dicho, sino porque es el extremo de la vida, lo más aguzado, la enfermedad y, a veces, la muerte».

Con este escenario se han escrito infinidad de novelas —alguna llegó a ganar el Premio Nadal—, pero la poca madurez de su existencia y el médico que surge en sus páginas, no tiene —lo hemos dicho ya varias veces— valor de cita. Y algunos escritores médicos tienen producción en este sentido. («Memorias de uno a quien no sucedió nada», de Enrique Menéndez).

Pero para concretar buscaremos las citas de figuras centrales de la literatura.

Don Jacinto Benavente opina sobre los médicos, cita que transcribimos, por su valor, entera: (158)

"Penosa profesión es siempre la de la Medicina, aun para los que logran cumplida recompensa. No se comprende sin vocación, tan decidida como la del sacerdocio. Consagrarse al dolor, luchar contra la muerte, enemigo que cuando huye parece que no hubo mérito para vencerle, y cuando vence siempre deja lugar a sospechas de que faltó el acierto al combatirlo. Juzga la vulgar opinión que los médicos, en fuerza de frecuentar el dolor, tienen embotada la sensibilidad. A pocos médicos han conocido en la intimidad los que así juzgan. Lo que sucede es que el médico cuando ve llegar la muerte, cuando todos sonríen a su alrededor confiados, es el único que no puede llorar todavía, y cuando todos lloran porque la ven llegar implacable, es el único que ha de sonreír hasta el supremo instante, interponiéndose con fingida calma entre los ojos espantados del moribundo y la negrura insondable de la muerte".

Para el maestro, para el pensador don José Ortega y Gasset, opina del médico —en «Misión de la Universidad»— que la Medicina no es ciencia. Y el médico, un práctico, que se propone curar o mantener la salud de la especie humana. Echa mano de la ciencia; toma de sus resultados cuanto considera eficaz. El médico apronta soluciones, si son científicas, mejor, pero no es necesario que lo sean. «Pueden proceder sus conclusiones de una experiencia milenaria que la ciencia aún no ha explicado ni siquiera consagrado».

Don José María Pemán, el académico, tiene visiones de esta índole, aires de académico, al decir que el enfermo tiene tendencia a apoderarse de la ciencia y vocablos de su médico. De ahí que oigamos a cada paso hoy lo de «ser un sinapismo», o «el cáncer que corroe la sociedad» o lo de la «anemia moral» (159).

Francisco Javier Martín Abril tiene elevados y certeros encomios para el médico. Al preguntar si el médico va a ir a visitar un enfermo o no, piensa: (160)

"Pero el médico, el admirable médico, cuyo papel trascendental no se valorará nunca como merece por la sociedad, tiene también derecho, un legítimo derecho, a no ser molestado por una insignificante nada. El médico es un hombre como nosotros; el médico tiene muchas tareas que cumplir; el médico es padre de familia; el médico ha de leer, estudiar, ensayar, velar; el médico se cansa..."

Y en un artículo titulado «La visita del médico», dice:

"...el timbrazo del médico. Silencio y expectación. Y una sensación inefable de tranquilidad. Diríase que a medida que el médico va avanzando por el pasillo, todo en la casa cobra un sosiego equilibrado, una paz de amplios y profundos horizontes".

La labor del médico de cabecera, del médico de la casa, del médico que «conocía nuestra naturaleza», se ve en percamce de perderse con los rumbos de la medicina social y de la medicina en equipos, la mayor de las veces anónima para el enfermo.

El valor del médico de familia es fundamental e imprescindible. Los mismos que idearon el sistema de equipo y evitaron así, en gran parte, la colaboración personal del médico, han creado una parte de la ciencia médica, contraria a aquélla, que es la medicina psicosomática.

Sobre todo esto, Edgar Neville (162) ha escrito en «Ha llegado el doctor»:

"Se equivocan los que se burlan del médico, los que hacen bromas sobre su fallabilidad. El médico es una ayuda espiritual inapreciable; sabe lo que tenemos y el remedio que sana; pero nada puede hacer si no aparece en la habitación del enfermo nimbado por un prestigio que ya en sí cura.

Los médicos antiguos sabían esto muy bien y lo cuidaban con esmero. Ellos fueron los que pasearon las últimas levitas sobre la tierra y los que llevaban los más lujosos bastones de mainati y puño de plata. Era tal su prestigio que los enfermos amigos no se atrevían a pagarle dinero, y el día de su santo les regalaban bastones y, sobre todo, una inmensa escribanía de bronce y cristal.

El médico moderno tiene más de general, y el enfermo es preferentemente un campo de batalla donde riñen los bacilos buenos contra los malos.

Todo esto está bien, es más eficaz y seguro que lo de antes; pero sin embargo no habría que perder el efecto moral de la presencia del médico junto al enfermo, lo que tenían de hechiceros salvadores, de hombres providenciales, pues la fe en un doctor produce penicilinas impensadas en el organismo de los dolientes".

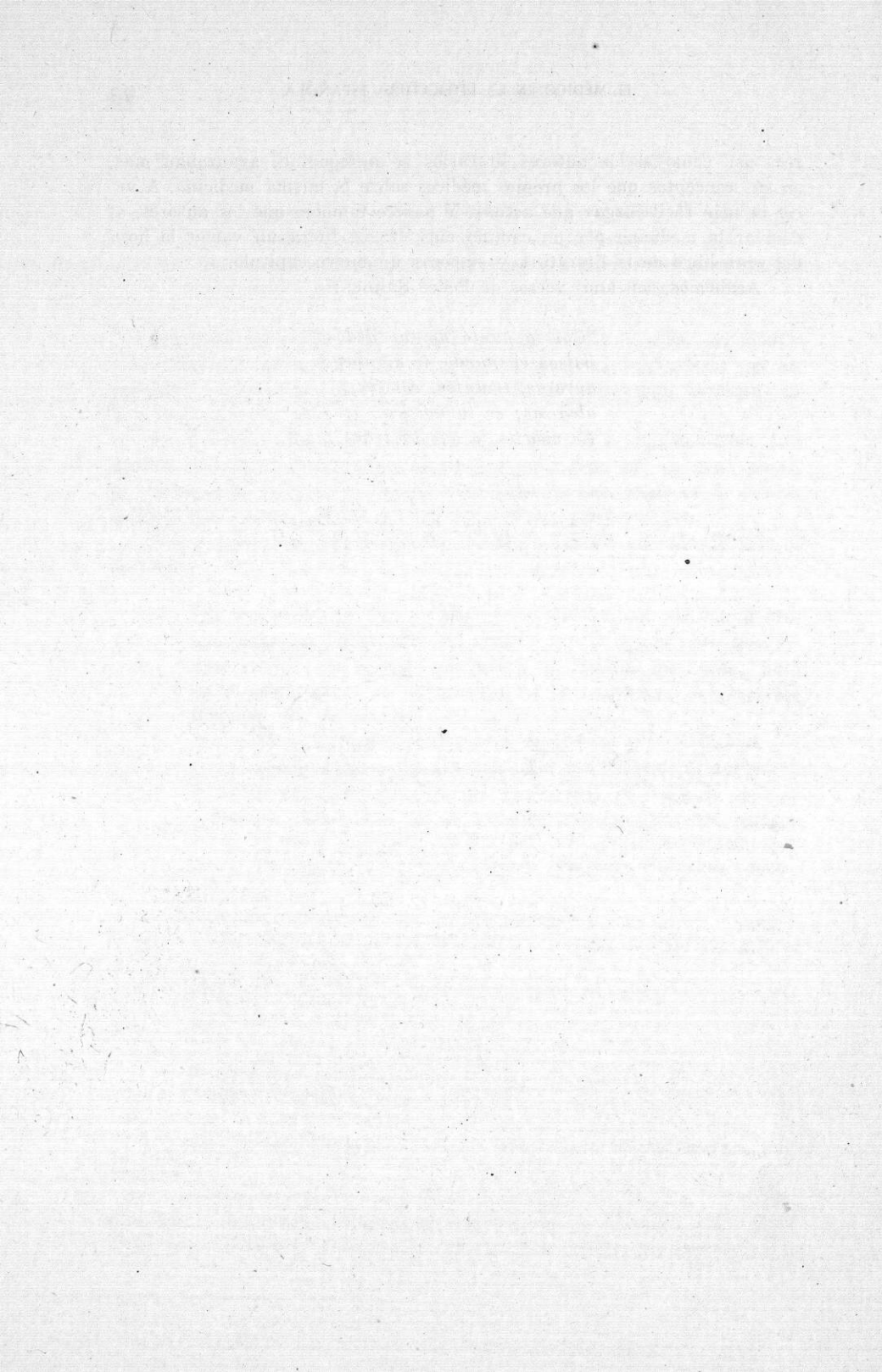
¡Cuánto ha pasado de los remotos tiempos acá, de los tiempos clásicos acá!

La opinión de los literatos fué consecuencia, en general, de la opinión que sacaban ellos mismos del resultado de la medicina. Esta varió y con ella, en general también, la opinión de los modernos literatos. Pa-

rece así, como si los autores literarios se anteponían, avanzaban más, en sus conceptos que los propios médicos sobre la misma medicina. A veces es más fácil juzgar que actuar. Y parece también que los autores, al derivar la medicina por un camino más eficaz, fuera un volver la hoja del gran libro de la literatura y empezar un nuevo capítulo.

Acabemos, con unos versos de Pedro Salinas:

*"Con la punta de tus dedos
pulsas el mundo, le arrancas
auroras, triunfos, colores,
alegrías; es tu música.
La vida es lo que tú traes".*



EPILOGO

Si quedó alguna promesa por cumplir, este es el momento de cumplirla; y si quedó algún cabo suelto, este es el momento de atarlo, y, si líneas atrás, hemos dicho que no queremos ser egocentristas, no lo seguiremos siendo.

El haber defendido los autores literarios contemporáneos la medicina y el médico, no quiere decir que presumamos ser nosotros el tope de todo y estar en posesión de la verdad. No hay ninguna teoría científica, aunque tenga hondas raíces para existir, que pueda ser elevada a la categoría de dogma. Huxley dijo que "la ciencia se suicida cuando adopta un credo", y pensamos que cualquier idea, por firme que parezca, puede ser derribada por hallazgos posteriores.

A veces, establecidas las normas con leyes biológicas, y por lo tanto probables, y basado en estas leyes un pronóstico, surge el milagro, y éste —lo dijo Gerardo Diego— "nos hace recordar lo frágil de sus cálculos, lo inseguro del pronóstico y la necesidad de poseer sin soberbia la ciencia".

"Por la gracia de Dios —dice Luis S. Granjel— (163) en la debilidad y la flaqueza de la naturaleza humana, hay un tenue reflejo de la perfección divina, y porque esto es verdad, pueden los hombres, y por ser hombres los médicos, atados a sus miserias, soñar un sueño de suprema perfección y creerlo hacedero".

La medicina y su aplicación ha variado grandemente y es justo reciba sus alabanzas. Dentro de siglos, aunque las citas favorables de hoy ahí quedan, ¿se reirán nuevamente del actual estado de la ciencia? Al tiempo le hacemos esa pregunta y sólo a él le corresponde la respuesta.

Don Gabriel Sánchez de la Cuesta (164) dice que "la verdad de hoy es hija de la verdad de los hombres de ayer y a su vez ejerce siempre algún influjo sobre los tiempos ulteriores..."

Con nuestros fracasos aún en Medicina y nuestros adelantos; el médico, el varón probo, debe rendir y rinde al máximo de sus posibilidades. "Algún día vendrá el saber —dice Ganivet— y entonces todo se andará".

Mientras tanto, cuando llega la hora fatal del último momento, cuando los hombres fracasan con sus medios, sólo Dios podrá dar la suficiente sabiduría para una grandiosa resignación por lo perdido y una clara visión de su promesa de Eternidad.

Quiero acabar este modestísimo trabajo en este sentido, con estas palabras, y con esta idea.

Y como todo él va dedicado en cuerpo y alma a José María Izquierdo, quiero también sean tuyas las últimas palatras. Son del último artículo, inédito hasta el año pasado, que "el divagador de la ciudad de la gracia" firmó con las iniciales J. I. (Jacinto Ilusión). Se refiere a la impotencia de la ciencia ante el caso de su hermano menor, Angel, muy querido por él.

Es un modelo de resignación y de visión poética de un soplo de Eternidad. (165)

"Hace unas semanas que en la casa del que os habla, al cerrarse la puerta que da al mundo, tras uno de nosotros a quien llamó el Señor, se abrió una ventana hacia la Eternidad. Asomada a ella ha estado mi alma desde entonces.

Y cuantas veces he querido atisbar algo, no sé si ha sido un soplo del aire de fuera, venido desde allá, o un anhelo de volar que le ha entrado al alma mía, lo que ha nublado el sentido, e inundado de lágrimas mis ojos y desgranado las ideas que soñaba decir. Y así, con lágrimas y suspiros va este escrito, el primero que redacta mi pluma desde que se fué de entre nosotros aquel hermano queridísimo que era mi colaborador fiel y el lector asiduo de todo cuanto yo escribía..."

Por algo dijo Antonio Machado que «morir, es irse cada cual con su secreto». Cuán bien saben esto los médicos, cuando llega el día señalado por voluntad de Dios, ese día donde sólo El manda... (166).

*"...Y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera."*

A. HERMOSILLA MOLINA.

Sevilla, abril, 1956.

Trabajo que obtuvo el PREMIO JOSE MARIA IZQUIERDO, 1956, del Excelentísimo Ateneo de Sevilla (Sección de Medicina).

INDICE BIBLIOGRAFICO

- (1) A. Gómez Amezúa. (Medicamenta), núm. 136. 1-11-47, pág. 227.
- (2) Dr. Blanco Soler. Rev. «Medicamenta», núm. 126, 1-5-47, pág. 274.
- (3) Pío Baroja. «Vitrina pintoresca». Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1935, pág. 132.
- (4) Martínez Pérez, F. «La Medicina sevillana en el siglo XIII y especialmente en la época de la conquista de Sevilla». Rev. «Archivo Hispalense». Año 1950, núm. 30-40 y 41, página 141.
- (5) Martínez Pérez, F. Op. cit., pág. 156.
- (6) Martínez Pérez, F. Op. cit., pág. 156.
- (7) Galindo Antón, J. Rev. «Medicamenta», núm. 240, pág. 142.
- (8) Sánchez de la Cuesta, G. «Evolución de las ideas terapéuticas». Sevilla, 1951.
- (9) Valbuena y Prats A. «Historia de la literatura española». Editorial G. Gili. Barcelona, 1937.
- (10) Cervantes Saavedra, M. «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha». Edit. Sopena. Barcelona, 1935.
- (11) Loste Echeta, L. Rev. «Medicamenta», núm. 152, pág. 109.
- (12) Rev. «Medicamenta», núm. 264.
- (13) Dr. González Galván. Rev. «Medicamenta», núm. 275, pág. 127.
- (14) Fernando de Rojas. «La Celestina». Col. Literatura clásica. Edit. Molino. Buenos Aires, 1940.
- (15) Fray Antonio de Guevara. «Epístolas familiares». Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. Vol. I.
- (16) Pero de Mexia. «Diálogos», núm. I, pág. 1 a 59, 1947.
- (17) Gregorio Marañón. «Vida e Historia». Espasa Calpe. Madrid, 1953.
- (18) Cecilio Barberán. «Nuevos retratos de médicos y farmacéuticos españoles». Rev. «Medicamenta», núm. 193, 10-4-51, pág. 267.
- (19) Maestre Correas. «Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes a la lengua castellana». Edit. M. Mir, 1924.
- (20) F. de Quevedo: «Libro de todas las cosas y otras muchas más». Col. Literatura Clásica. Edit. Molino, 1940, pág. 189.
- (21) Luis S. Granjel. «La figura del médico en el escenario de la literatura picaresca». Archivo Iberoamericano de la historia de la Medicina. Vol. II, fasc. 2, 1950, página 493.
- (22) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (23) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (24) Angel Lacalle. «Historia de la Literatura Española». Editorial Boch. Barcelona, 1943.
- (25) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (26) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (27) F. Asensio. «Floresta». 2.ª parte. Clase 3.ª. Cap. VI. Edit. Dyanguren.
- (28) Dr. Giménez Heras. «La poesía satírica y los médicos». Rev. «Medicamenta», núm. 148, 10-6-48.
- (29) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (30) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (31) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (32) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (33) Dr. Arriaga Cantullera. Rev. «Archivo Hispalense». Año 1951, núm. 47.
- (34) Gregorio Marañón. Op. cit.
- (35) P. José F. de Isla. «Sermones morales». «Los honorarios del médico». Reseñado por el Dr. Gutiérrez Sesma en Rev. «Medicamenta», núm. 251, 27-5-54, pág. 222.
- (36) Mateo Alemán. «Guzmán de Alfarache». Parte 1.ª Cap. IV.
- (37) F. de Quevedo. Op. cit., pág. 185.
- (38) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (39) Dr. Luis S. Granjel. Op. cit.
- (40) Dr. Luis S. Granjel. Op. cit.
- (41) V. Espinel. «Vida del escudero Marcos de Obregón». Col. Literatura Clásica. Edit. Molino, 1940, relación primera. Descanso I.
- (42) V. Espinel. Op. cit. Descanso IV.
- (43) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (44) A. R. Lesage. «Aventuras de Gil Blas de Santillana». Edit. Hyma, 1932.
- (45) Luis S. Granjel. Op. cit.

- (46) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (47) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (48) Dr. Navarro García. «Vocabulario popular castellano-leonés, relacionado con la Medicina». Rev. «Medicamenta», núm. 77, 16-4-45.
- (49) P. José de Isla. «Sermones panegíricos». 1793. Reseñado en Rev. «Medicamenta» por el Dr. Gutiérrez Sesma. Núm. 267, 26-2-55.
- (50) José Cadalso. «Los eruditos a la violeta». Biblioteca Clásicos Españoles. Barcelona, 1885. pág. 193.
- (51) Mateo Alemán. Op. cit., parte primera. Libro III. Cap. III.
- (52) V. Espinel. Op. cit. Descanso IV.
- (53) V. Espinel. Op. cit. Descanso IV.
- (54) López de Ubeda. «La pícaro Justina». Libro II. 2.ª parte. Cap. III.
- (55) Mateo Alemán. Op. cit. Parte 1.ª Libro II. Cap. IV.
- (56) J. Salas Barbadillo. «Corrección de vicios». Novela V. «La mejor cura del matasanos». Madrid, 1907.
- (57) L. de Góngora. «Obras completas». Madrid, 1943. Edit. J. B. Milla Jiménez.
- (58) F. de Quevedo. «Visita de los chistes». Esta cita bibliográfica y las cuatro precedentes están en el trabajo citado del Dr. Luis S. Granjel.
- (59) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (60) Fray Luis de León. «La perfecta casada». Col. Literatura Clásica. Edit. Molino. Argentina, 1940. Pág. 105.
- (61) A. Moreto. «El lindo D. Diego». Col. Literatura Clásica. Edit. Molino, 1940.
- (62) M. de Cervantes. «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha». Edit. Sopena. Barcelona, 1935.
- (63) M. de Cervantes. «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha». Edición y nota de Francisco Rodríguez Marín. Madrid. Edit. «La Lectura», 1913. Clásicos castellanos.
- (64) M. de Cervantes. Op. cit. Cap. LXXIX.
- (65) Gregorio Marañón. «Vida e historia». Espasa Calpe. Madrid, 1953.
- (66) P. B. Feijóo. «Teatro crítico universal». Clásicos castellanos. Madrid, 1913. Prólogo y notas de A. Millares. Disc. VI, pág. 153.
- (67) P. B. Feijóo. Op. cit. Discurso IX. «Paradojas médicas».
- (68) L. Fernández de Moratín. «El médico a palos». Col. Literatura clásica. Editorial Molino, 1942. Esc. 2.ª
- (69) Andrés Piquer. «Ilustración al libro de los pronósticos de Hipócrates». Madrid, 1759. Reseñado por el Dr. Gutiérrez Sesma en Rev. «Medicamenta». N. 264. 25-12-54.
- (70) S. Ramón y Cajal. «Los tónicos de la voluntad». Espasa Calpe. S. A. Argentina, 1952.
- (71) Dr. Juan Nasio. «La ciencia hispánica en los siglos XVI, XVII y XVIII y su contraste con la ciencia extranjera». Rev. «Medicamenta», núm. 269, 9-4-55.
- (72) Dr. Juan Nasio. Op. cit.
- (73) Dr. Juan Nasio. Op. cit.
- (74) M. de Cervantes. «Novelas ejemplares». Edit. Sopena. Barcelona, 1935.
- (75) P. Laín Entralgo. «La vida de Guillermo Harvey». Rev. «Medicamenta», número 199, 1-2-55. Pág. 82.
- (76) Dr. Federico Romero. «El médico ante la imitación de la vida». Rev. «Medicamenta», núm. 133, 16-9-47. Pág. 137.
- (77) Tirso de Molina. «La prudencia en la mujer». Tortosa, 1634: Acto 2.º Esc. 1.ª
- (78) A. Prieto Vidal. «De la Medicina y los médicos del pasado». Rev. «Medicamenta», núm. 162, 16-4-46.
- (79) G. Sánchez de la Cuesta. Op. cit., pág. 72.
- (80) Gregorio Marañón. «La Medicina y nuestro tiempo». Espasa Calpe. Argentina, 1954.
- (81) Gregorio Marañón. Op. cit.
- (82) V. Escribano García. «Datos para la historia de la anatomía y cirugía española en los siglos XVIII y XIX». Granada, 1926.
- (83) V. Espinel. Op. cit. Descanso IV.
- (84) V. Espinel. Op. cit. Descanso XI.
- (85) V. Espinel. Op. cit. Relación 1.ª
- (86) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (87) Mateo Alemán. Op. cit. Parte 1.ª, libro 1.º Cap. IX.
- (88) F. de Quevedo. «Libro de todas las cosas y otras muchas más». Col. Literatura clásica, pág. 189.
- (89) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (90) Dr. Luis S. Granjel. Op. cit.
- (91) Dr. Luis S. Granjel. Op. cit.
- (92) P. B. Feijóo. Op. cit.
- (93) L. de Góngora. Op. cit.
- (94) Saavedra Fajardo. «República Literaria». Edit. de V. García de Diego. Madrid, 1922.
- (95) Luis S. Granjel. Op. cit.

- (96) G. Sánchez de la Cuesta. Op. cit. (Del libro de Antonio Aguilar «Sueño jocoso, noticias de Galeno y carta del otro mundo sobre el médico vulgarmente del agua».)
- (97) P. B. Feijóo. Op. cit.
- (98) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (99) Diego de Torres y Villarreal. «El hospital en que cura amor de amor la locura». 3.ª jornada.
- (100) Goyanes Capdevila. «La sátira contra los médicos y la medicina en los libros de Quevedo». Abril, 1934.
- (101) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (102) González Ramos. «Antología médico-satírica». Rev. «Medicamenta» núm. 160. 1-5-49. Pág. 144.
- (103) González Ramos. Op. cit.
- (104) Luis S. Granjel. «Boticarios en el escenario de la literatura picaresca». Rev. «Medicamenta» núm. 195, pág. 137.
- (105) F. de Quevedo. «El Buscón». Col. Literatura clásica. Edit. Molino. Cap. VII. Página 60.
- (106) F. de Quevedo. «Libro de todas las cosas y otras muchas más». Col. Literatura clásica. Edit. Molino.
- (107) Luis S. Granjel. «La figura del médico en el escenario de la literatura picaresca». Archivo Ibero-Americano de la Historia de la Medicina. 1950. Vol. II. Fas. 2. Página 493.
- (108) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (109) Goyanes Capdevila. Op. cit.
- (110) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (111) A. R. Lesage. Op. cit.
- (112) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (113) Salas Barbadillo. Op. cit.
- (114) Quiñones de Benavente. «Entremés famoso de las malcasadas». Edit. Cotarelo. Vol. II.
- (115) M. de Cervantes. «Novelas ejemplares». «El Licenciado Vidriera». Edit. Sopena. Barcelona, 1939. Pág. 237.
- (116) Tirso de Molina. Op. cit.
- (117) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (118) P. Calderón de la Barca. «La adoración de la Cruz». Col. Literatura clásica. Edit. Molino, 1940. Jornada III. Pág. 175.
- (119) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (120) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (121) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (122) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (123) E. Gómez «El siglo pitagórico y la vida de don Gregorio Guadaña. De la op. cit. del Dr. Luis S. Granjel.
- (124) E. Gómez. Op. cit.
- (125) E. Gómez. Op. cit.
- (126) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (127) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (128) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (129) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (130) F. Leiva Aguilar. «Desengaño contra el mal uso del tabaco». 1643. Reseñado por el doctor Gutiérrez Sesma en Rev. «Medicamenta» núm. 266. 5-2-55.
- (131) F. B. Feijóo. Op. cit.
- (132) F. B. Feijóo. Op. cit.
- (133) F. B. Feijóo. Op. cit. «Discurso «Medicina».
- (134) «Colección diplomática de la Universidad de Cervera». (S. XVIII). Reseñado por el doctor Antonio Vázquez Madrid en Rev. «Medicamenta» núm. 242. 20-8-53.
- (135) Gregorio Marañón. «Vocación y ética». Espasa Calpe, S. A. 1953.
- (136) Gregorio Marañón. Op. cit.
- (137) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (138) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (139) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (140) Dr. Giménez Heras. Op. cit.
- (141) B. González Ramos. «Antología médico-satírica». Rev. «Medicamenta». 1-5-49. Página 144.
- (142) Dr. Díaz Mora. Rev. «Medicamenta» núm. 253.
- (143) A. R. Lesage. Op. cit.
- (144) Gregorio Marañón. Prólogo de «Escenas de la vida de un médico». Edit. Noguer. Barcelona, 1954.
- (145) E. Sánchez Pascual. «Poesías para médicos». Dr. Viladot en Rev. «Medicamenta» núm. 243. 10-11-53.
- (146) C. José Cela. «Cuestión de acertar». Rev. «Medicamenta» núm. 128. 16-6-47. Página 358.

- (147) S. y J. Alvarez Quintero. «Obras completas». «Tuyo y mío» Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1945. Pág. 43.
- (148) S. y J. Alvarez Quintero. Op. cit. Pág. 153.
- (149) S. y J. Alvarez Quintero. «Teatro completo». «La dicha ajena». Madrid, 1923.
- (150) S. y J. Alvarez Quintero. Op. cit. «Puebla de las mujeres».
- (151) Gregorio Marañón. «Vocación y ética y otros ensayos». Espasa Calpe, 1953.
- (152) E. Jardiel Poncela. «Cuarenta y ocho reflexiones no aptas para médicos con barbas». Rev. «Medicamenta», núm. 171, 10-10-49.
- (153) Gregorio Marañón. Op. cit. Pág. 105.
- (154) A. y M. Machado. «Las adelfas». Espasa Calpe. Abril, 1947.
- (155) J. Calvo Sotelo. «La muralla». Sociedad General de Autores de España. Madrid, 1945.
- (156) Azorín. «Síntesis de un médico». Rev. «Medicamenta» n°. 79. 16-5-45. Pág. 347.
- (157) Gregorio Marañón. Op. cit.
- (158) J. José Gómez Sigler. «Lo que Benavente pensaba de la medicina y los médicos». Rev. «Medicamenta» núm. 264. 25-7-54.
- (159) José María Pemán. Rev. «Medicamenta» núm. 128. 16-6-47. Pág. 128.
- (160) F. Javier Martín Abril. Rev. «Medicamenta» núm. 131.
- (161) F. Javier Martín Abril. Rev. «Medicamenta», núm. 156. Pág. 223.
- (162) Edgar Neville. «Ha llegado el doctor». Rev. «Medicamenta», núm. 125, 1-5-47. Página 272.
- (163) Luis S. Granjel. Op. cit.
- (164) G. Sánchez de la Cuesta. Op. cit. Pág. 12.
- (165) José María Izquierdo. Rev. «Archivo Hispalense» núm. 70. Pág. 179.
- (166) A. Machado. «Poesías completas». Espasa Calpe. B. Aires, 1949. Pág. 35.

